

YO, MARTÍN LUTERO

PERSONAJES

MARTÍN LUTERO
THOMAS MUNTZER
CABALLERO WARTZ
PADRE STAUPITZ
P. MELANCHTON
P. BUCER
P. CRISOSTOMO
P. EULOGIO
P. LUCAS
P. ANSELMO
P. RAFAEL
P. AGUSTIN
P. GENERAL DE LOS AGUSTINOS
FEDERICO DE SAJONIA
JUAN TETZEL
BURGOMAESTRE
CARDENAL ALEANDRO
CARDENAL CARACCILO
CARDENAL JULIO DE MEDICIS. S.S. CLEMENTE VII
S. S. LEÓN X
JACOBO FÚCAR
MIGUEL FÚCAR
IGNACIO DE LOYOLA
RAQUEL
MARGARITA
MACARIO
EZEQUIEL
ESTHER
ELENA
CLOTILDE FÚCAR
ALBERTO
EL EMPERADOR CARLOS

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

(El P. MARTÍN en un círculo de luz, en el centro del proscenio.)

P. MARTÍN. Dios, que hizo el mundo, nos coloca en él para que cada uno cumpla su tarea. El campesino ara, la sierva limpia, el herrero golpea el yunque. Yo..., Martín Lutero, vine a recordaros el mensaje de Cristo: *(Comienza a quitarse el hábito)* que el profeta y el artesano, el juez y el caballero, el rey y el mozo de cuadras, el analfabeto y el doctor en teología son iguales ante Dios en lo que más importa: la libertad de conciencia. *(De pronto, angustiado, como debatiéndose en una terrible pesadilla.)* ¡No, Thomas Muntzer! ¡No he sido un impostor! ¿Me oyes, Thomas Muntzer? Ahora que ambos somos ya historia, tan sólo, ¡escúchame! ¿Puedes oírme? ¡Thomaaas. ...!

(Oscuro.)

RAQUEL. *(En off.)* ¡Thomaaas...!

ESCENA SEGUNDA

(Luz sobre las ruinas de una iglesia. Thomas Muntzer celebrando misa. Campesinos: es el momento de alzar. Silencio. De pronto entran corriendo MACARIO y RAQUEL, arrastrando una vieja carreta.)

RAQUEL. ¡Huye, Thomas...!

MACARIO. ¡Huid todos...!

RAQUEL. ¡Llegarán de un momento a otro...!

MACARIO. Recoged lo que podáis y huid a los bosques.

(Revuelo. Los campesinos inician huida. Gritando. Todos, menos EZEQUIEL y ESTHER.)

MUNTZER. ¡Quietos! *(Todos se inmovilizan.)* ¿Qué ha ocurrido, Macario?

MACARIO. Nuestro pueblo ha sido destruido.

RAQUEL. Por la mañana los bandidos nos liberaron de la tiranía del Elector. Mataron a los que se resistieron y se llevaron las ovejas.

MACARIO. Al mediodía, el Elector nos liberó del desorden de los bandidos y ajustició a los familiares de los que, a la fuerza, se llevaron los bandidos.

RAQUEL. Y al atardecer las tropas del Arzobispo nos liberaron, a su vez, no sé si del Elector, de los bandidos o del infierno.

MACARIO. El pueblo ha sido incendiado.

RAQUEL. Todos -hombres y animales- han muerto.

EZEQUIEL. ¿Y... vuestros hijos?

MACARIO. Asesinados.

ESTHER. ¿Los... siete? *(MACARIO baja la cabeza.)* ¡Aaah...! *(Y se abraza a Ezequiel, llorando.)*

MUNTZER. ¿Quién lo hizo?

WARTZ. *(Entrando.)* ¡Yo...!

UNA VOZ. ¡El caballero Wartz...!

(Al verle gritan todos. Van a huir. Pero ahora vemos que los bandidos rodean todas las salidas.)

MUNTZER. ¡Quietos! He nacido entre vosotros. Mis padres se

curvaron sobre el arado junto a los vuestros. Cuando paso, vuestros hijos dicen: «Ahí va Thomas Muntzer, nuestro amigo». ¿Quién me acusaría de malicia o de mentira? Pues bien, yo os digo: «No levantéis la espada contra la violencia ni huyáis. ¡Dios se encargará de castigar a los asesinos!».

ESTHER. (*Lanzándose sobre WARTZ.*) ¡Maldito...!

MUNTZER. ¡Nooo...!

(*ESTHER apenas ha logrado llegar hasta WARTZ: dos bandidos la aferran.*)

WARTZ. De modo que ésta es una de tus comunidades de campesinos. «Nada de nadie. Todo para todos. Como los primeros cristianos». Debes ser hartamente elocuente. Únete a mí.

MUNTZER. Jamás .

WARTZ. Tu colaboración o... (*Señala a ESTHER.*) su vida: ¡elige, Thomas Muntzer!

MUNTZER. No.

WARTZ. (*A sus bandidos.*) La rutina. (*Grita ESTHER.*)

MUNTZER. No les enfrentarás a mí. He nacido y crecido entre ellos. Soy uno de ellos. (*Grita ESTHER.*) Mis padres y mis hermanos también lo fueron. Tú lo sabes, Ezequiel: ¡fueron asesinados el mismo día que los tuyos! (*Grita ESTHER.*)

EZEQUIEL. ¿Consentirás que la torturen hasta la muerte?

WARTZ. Y a todos los demás. Depende de... (*A MUNTZER.*) ti.

WARTZ. (*Ríe.*) Tú, yo, los nobles, los banqueros, los arzobispos, el Papa, el Emperador, ésta... (*Señala a ESTHER que grita y grita.*) todos tenemos una... (*Irónico*) misión. Mis verdugos también. (*Mostrando a uno.*) Mírale. Su rostro es igual al nuestro y al de éstos. (*Le empareja a EZEQUIEL.*) Hemos nacido todos de, y en la misma tierra. (*Les suelta.*) Nuestra ventaja sobre ellos es que

tú y yo sabemos lo que queremos mientras que ellos, se dejan llevar. Siempre ha ocurrido así.

MUNTZER. ¿Para qué?

WARTZ. Llego a un pueblo, lo conquisto, reúno a sus gentes y les explico el mundo que quiero construir para ellos. Pero en cuanto me voy les pierdo. No les han convencido mis razones.

MUNTZER. No las tienes.

WARTZ. Las mismas que tú; ambos queremos liberarles de la esclavitud. (*Por sus bandidos.*) Eran campesinos.

MUNTZER. Ahora son asesinos a sueldo

WARTZ. No: «O conmigo o contra mí». No hay alternativa. Me eligieron. Es todo.

MUNTZER. Nosotros somos neutrales: sufrimos en silencio. Rezamos.

WARTZ. ¿Neutrales? Con sus cosechas, con sus tributos se llenan las arcas de los príncipes, de los banqueros, y de los arzobispos. Con sus brazos ganan el dinero que, luego -traducido en armas- sirve para continuar la opresión. Financian, sin saberlo, su propia esclavitud. Por eso, se unen a mí, o debo destruirlos, pues son la fuente de un poder injusto. No tengo otro camino para hacer la revolución.

MUNTZER. ¿Desesperarlos?

WARTZ. Forzarlos a elegir.

MUNTZER. (*Grita ESTHER.*) ¿Este es tu método?

WARTZ. El tuyo es peor: les hablas, les haces reflexionar, los desesperas.

MUNTZER. Los salvo.

WARTZ. ¿Prometiéndoles el cielo mientras sus hijos son asesina-

dos, sus cosechas son incendiadas y al que dice «Por piedad: ¡basta!», le dan la hoguera? ¿Por qué crees que ambos, tú y yo, estamos fuera de la ley? Porque ambos hemos dicho: «La ley es injusta.» Sólo que tú añades: «Someteos. Ganaréis el cielo». Y yo: « ¡A las armas...! ». Ambos deseamos un orden nuevo. Por eso el poder nos mete en el mismo saco, nos persigue por igual. No, a ti... más. Porque si yo les robo ¿qué? Con estrujar más a éstos... Tú amenazas con secar las fuentes mismas de su poder, a la larga, pues si yo combato y robo a los banqueros, a los príncipes, caballos, trigo y dinero tú les combates en la raíz de su poder, en los principios sobre los que se asienta pues les robas no sus brazos, ni el fruto de su sudor sino lo fundamental: sus conciencias.

MUNTZER. No predico la rebelión.

WARTZ. Aún..., pero la harás. O la harán ellos sin ti. Y aun contra ti. Al despertar sus conciencias estás poniendo en movimiento una máquina terrible: « ¡saber...! ». ¿Qué ejército tendrá jamás la fuerza de un pueblo que, de pronto, comprende que el poder que le oprime no es fatal, sino impuesto, y deja de ser legal si es injusto? No nos reprochan a ti predicar ni a mí matar, sino que lo hagamos por principios contrarios a sus intereses. Si tú predicaras y yo matara a sueldo de la iglesia, ambos ganaríamos el cielo: predicación habitual y guerra santa. Si por cuenta del Emperador, a ti te darían una abadía; y a mí, medallas y un retiro por servicios al Estado. Y si a sueldo de los banqueros, ¡qué fortunón!, el mejor sistema para vivir bien y envejecer respetado. Pero los caminos habituales no sirven con nosotros, somos idealistas. Caros le cuestan al mundo los que no buscan su ideal oficial -el medro personal- sino una nueva forma de justicia. Que el mundo está mal, todos lo saben, pero ¿no lleva así miles de años? ¿A qué arriesgar la vida por cambiarlo si la experiencia demuestra que hubo otras tentativas pero jamás tuvieron éxito? Mas tú y yo somos idealistas. Creemos que hay un remedio: «Cambiarlo todo». Esto ha estado en el corazón de muchos y en labios de

algunos, durante cientos de años; pero todos decían: «Mañana». Tú y yo hemos dicho: «¡Ahora!». ¿Qué nos diferencia?: predicas la revolución a (señala a los campesinos) unos pocos; y yo la quiero para todos. Que tú te limitas a liberar las conciencias, y yo quiero liberar también sus cuerpos. Pero (*le aferra*) ¡necesito ideas...!

MUNTZER. ¡Qué extraño ver una espada mendigando ideas...!

WARTZ. Me ha costado años comprender que las ideas son las raíces del árbol en que las leyes, y en definitiva el poder, anida. Míralos: (*señala a sus bandidos y a los campesinos*) Unos y otros creen que el mundo de las ideas les es ajeno. Algo tan simple: el monopolio del conocimiento, del saber es... ¡la clave de todo! Hay que decírselo: que todo, su esclavitud y su hambre no son fatales sino consecuencia de unas estructuras legales que, a su vez, no son más que escalones, una pirámide alzada sobre la base de unas ideas; y que si éstas cambian, su vida cambiará. Basta de «que piensen que a peor». Basta de «mejor que no piensen». Desentrañémosles qué se oculta bajo los santos de sirenas que afirman: «¡Las ideas han muerto! » Hay que ser realistas, concretos. ¡Basta de consentir que, en nombre de lo legal, se pisotee lo justo! Se acabó el espectáculo bufo de que a quien aplaude, prebendas y a quien dice la verdad, hoguera. (*Angustiado.*) Pero ellos tienen detrás tres mil años de ideas. Dame tú otras sobre las que edificar una estructura doctrinal que dure otros tres mil. ¿O piensas que lucho por el poder de un día, o de una vida? Si no consigo que mi lanza se clave en la historia quedaría sin sentido todo: muertos, devastaciones, su agonía... (*ESTHER grita.*)

MUNTZER. ¡Asesino...!

WARTZ. ¿Lo ves? Yo... asesino. Sus muertes, justicia. Tienen códigos. Eso quiero de ti también; limita mi poder. Organízalo. Mas no en contra del pueblo, sino a su servicio. Necesito una ideología, una estructura legal. No se puede sustituir la injusticia por sólo el caos. Dame una doctrina sobre la que edificar un nuevo

estado, o pasado un tiempo, mi esfuerzo se derrumbará.

MUNTZER. Quieres que te ayude a acallar tus remordimientos. ¡No seré tu cómplice...!

WARTZ. Prefieres ser mi víctima. Lo fácil. Lo difícil es... asociarse.

MUNTZER. ¿Contigo? Jamás.

WARTZ. (*Sarcástico.*) Quieres avanzar solo, ante la mirada de las estrellas y el asombro de los hombres. Yo también lo soñé. Pero ni tú ni yo podemos ser mártires solitarios. Tenemos compromisos, responsabilidades. Yo... (*Señala a sus bandidos.*) con ellos; tú... (*Señala a los campesinos.*) con éstos. No tienes derecho a enviarles a la muerte sin consultarles. A ellos, quizá no les importe contaminarse, con tal de seguir vivos. (*Por ESTHER que grita.*) ¡Pregúntale...!

ESTHER. ¡Sálvame...!

MUNTZER. ¡No puedo...! (*Grita ESTHER.*) ¡No! (*Cae de rodillas.*) ¡No...!

WARTZ. Plantéate el futuro.

MUNTZER. ¡El cielo!

WARTZ. Antes. Aquí. (*Se mira las manos.*) Sé lo que debe desaparecer, pero no con qué sustituirlo. En definitiva: no tengo futuro. (*Por sus bandidos.*) Ellos empiezan también a echarlo en falta: «¿Hasta cuándo luchar?» «Y después ¿qué?».

MUNTZER. ¿Por qué siguen a tu lado?

WARTZ. ¿Y tus campesinos al tuyo?

MUNTZER. Ambos son víctimas. ¡Les han enfrentado!

WARTZ. ¡No! Están atados estrechamente con una misma soga: ¡La falta de futuro! (*MUNTZER en tensión.*) Es lo que te pido. (*MUNTZER niega con la cabeza.*) Ah, tampoco tú lo tienes.

MUNTZER. ¡Sí! (*Vencido.*) No.

WARTZ. Pues, ¡búscalo! En tus libros, o en las estrellas, en Dios, o en los hombres, pero encuéntranos ese futuro (*Le aferra.*) y si no puedes solo, pregunta a los que son como tú. (*Iluminado.*) El día en que logremos unir la fuerza de los que son como yo y la inteligencia de los que son como tú, implantaremos una justicia nueva, sin hambrientos, sin esclavos, sin...

MUNTZER. La inteligencia y la fuerza hace mucho que hicieron un pacto. Por eso están las cosas como están.

WARTZ. Hablo de los que son como tú y como yo: de los idealistas.

MUNTZER. ¿Eres como dices?

WARTZ. ¡Deseo ardientemente llegar a serlo, y lo conseguiré! ¡Lo estoy consiguiendo ya!

MUNTZER. (*Después de una pausa.*) ¿Nunca has sentido la tentación de... ?

WARTZ. (*Evasivo.*) ¿Las riquezas...?

MUNTZER. No.

WARTZ. Ya. (*Irónico.*) ¿De la carne?

MUNTZER. Tú sabes a qué me refiero. (*Le enfrenta.*) ¡La tentación... del poder!

WARTZ. (*Atónito.*) ¿También... tú?

MUNTZER. Pero luché contra ella. (*Le mira.*) ¿Cómo saber que eres sincero?

WARTZ. A mí tampoco me resulta fácil confiar en ti.

MUNTZER. ¿Cuánto tardarías en traicionarme?

WARTZ. ¡Quizá tú hayas avisado ya a las tropas del Elector!

MUNTZER. ¡Mírame!

(WARTZ le aferra. Se miran en tensión. Los campesinos se han arrodillado y cantan, los brazos tendidos al cielo.)

WARTZ. ¡He sido traicionado ya tantas veces, por otros cuyos rostros parecían aún más inocentes que el tuyo...! (Canta más fuerte el pueblo.) ¿Les oyes?: su desesperación ha llegado al límite. Su vida o su muerte: elige de una vez. (Se arrodilla ante él.) ¡Unamos nuestras fuerzas! (MUNTZER duda.) Es preciso crear un orden nuevo e imponerlo.

MUNTZER. (Estallando, liberado. Ya sin dudas.) Los príncipes y los banqueros, el Emperador y el Papa... todos dicen: «Es preciso imponer el orden». Y tú, que contra este orden te levantas, ¿ya piensas someterles a otro?

WARTZ. ¿Quieres que este caos dure siempre? ¿Es esto... tu programa?

MUNTZER. ¡No es un solo hombre o un grupo quien debe elegir el nuevo orden! Hoy, tú y yo creemos ser justos. Pero... ¿lo somos? Y aunque lo fuéramos, ¿lo serán los que nos sucedan? ¡Sean todos los hombres sus propios jueces! Que no es mi meta el reinado de uno ni el de varios, aunque de santos se tratara, sino de una asamblea de todos.

WARTZ. Las utopías sirven sólo para escribir bellos libros. Estáis perdidos. Yo conozco la maldad del hombre; cuento con ella; con su bondad equivocada, con su cobardía e ignorancia; con todo. ¿Sí, o no?

MUNTZER. ¡No! (WARTZ hace un gesto; grita ESTHER.) No. . . (Grita de nuevo ESTHER: es la agonía.) ¡Espera! (Pero WARTZ ha salido; ESTHER muere.) ¡Dios mío...!

WARTZ. (Entrando a caballo.) Quise salvarla. Él se negó. (A los campesinos.) Sois testigos. (Los bandidos arrojan el cadáver de ESTHER a los pies de MUNTZER.) He aquí tu obra. (A EZEQUIEL que se ha arrodillado ante el cadáver.) Entiérala. Pero cava hondo:

los perros también están hambrientos. (*EZEQUIEL se lleva el cadáver de su mujer, los campesinos salen detrás. Todos procesionalmente, cantando.*) ¿Crees que la amaba? ¿Y ella a él? Tú también los envidias; ¡qué sencilla es la vida para ellos!: nacer, amarse... morir...; sin preguntas; ¡tantas sin respuesta...!

(*MUNTZER va a salir detrás de sus campesinos; WARTZ, se cruza en su camino, impidiéndoselo.*)

WARTZ. Reza: por ellos y por ti. (*A cuatro de sus bandidos.*) Os dejo a sus órdenes. (*A MUNTZER, riendo.*) Serán tu guardia personal. (*A los demás bandidos.*) Vamos. (*Van saliendo los bandidos.*)

MUNTZER. (*Por los cuatro que le protegen.*) No los necesito.

WARTZ. (*Saliendo; ríe.*) Debo velar por tu vida. (*Ya ha salido.*)

MUNTZER. (*Grita.*) ¡Ellos son mi vida...!

(*Se oye la carcajada de WARTZ y el ruido de caballos que se alejan.*)

MUNTZER. Hay muchas cosas que (*señala a los campesinos que entran cantando.*) no pueden comprender aún, pero sí dónde está el Mal y dónde el Bien.

(*Los campesinos, en círculo. En el centro, MUNTZER protegido por los cuatro bandidos.*)

MUNTZER. (*A los bandidos.*) ¡Dejadme...! (*Los bandidos se apartan.*) No les temáis. No os harán nada.

(*Pero los campesinos -antorchas, cánticos- que estrechan más el círculo, sacan de pronto sus armas.*)

MUNTZER. ¡No...! (*Pensando que quieren liberarle.*) ¡Arrojad las armas! ¿Qué importa mi vida?

(*En la lucha. Dos de los bandidos son muertos. Los otros dos desarmados. Todo rapidísimo.*)

MUNTZER. ¡No a la violencia...! (*Entra EZEQUIEL.*) Díselo tú, Ezequiel, amigo.

(Pero ahora se ve clara la intención de los campesinos: THOMAS MUNTZER en el centro. El círculo se estrecha más, más...)

EZEQUIEL. *(Apuñalándole.)* ¡Traidor...!

MUNTZER. *(Herido: grita.)* ¡Aaah...! *(Tiende los brazos.)* ¡Hijos...!
!*(Se abraza a uno que le hiere.)* He nacido... *(Se abraza a otro que le hiere.)* entre vosotros... *(Se abraza a otro que le hiere.)* mis padres se curvaron... *(Nueva herida; cae al suelo.)* sobre el arado junto a los vuestros...

(Un mar de brazos armados de puñales le cubre como una ola. Y va creciendo el cántico que ahora es vibrante, épico.)

TODOS. *(Cantando.)* ¡No más esclavitud! *(Y van saliendo.)* ¡No más torturas...!

MUNTZER. *(Solo.)* ...Cuando paso...

TODOS. *(Cantando.)* No más palabras: vencer o morir

(Y van saliendo, los brazos con las armas en alto, pero no en guerreros, sino en mártires camino del holocausto en apretada masa. EZEQUIEL sobre un escudo en lo alto.)

TODOS. *(Cantando.)* El mundo no nos ha dejado otra alternativa.

MUNTZER. ...vuestros hijos dicen... «Ahí va Thomas Muntzer...»
(Los cantos se alejan) nuestro... *(Se medio incorpora: un brazo tendido al cielo, en visionario)* amigo...

(OSCURO.)

ESCENA TERCERA

(En lo alto del escenario se proyecta un texto: «31 de octubre de 1517. En la ciudad de Wittenberg». Coro del convento de los agustinos. Los monjes cantan vísperas.)

(Están -entre otros- el P. STAUPITZ, el P. MARTÍN, el P. MELANCHTON y el P. BUCER.)

P. MARTÍN. (*De pronto, grita.*) ¡Basta de rezos mientras la sangre de Cristo es vendida con las aves de corral y los cerdos, al otro lado de estos muros. En las cruciales circunstancias por las que atravesamos, callar es peor que consentir, pues el pueblo interpretará de mil modos nuestro silencio y su confusión aumentará. Ha llegado el momento de la gran decisión.

P. STAUPITZ. La tentación se reviste de muchas formas y el demonio ha elegido ésta para vos, Padre Martín.

P. MARTÍN. Quince años de dudas, temores, y sombras. Necesito ver claro pues presiento se acerca el momento de la gran decisión.

P. STAUPITZ. Todos los días están llenos de decisiones, Padre Martín: sumeríos en el Señor y recobraréis la paz. (*Un gesto: los cantos continúan.*) Rezad.

MARTÍN. ¿Paz y rezos mientras ese charlatán de Juan Teztel pide en la catedral la bolsa, a cambio de la salvación eterna? ¡La pasión de Cristo no puede comprarse con dinero...!

P. STAUPITZ. No es la sangre de Cristo, sino los merecimientos de los santos desde los primeros tiempos de la Iglesia; ese es el tesoro espiritual que el Padre Santo, por medio de las indulgencias, canaliza hacia nosotros.

P. MARTÍN. La salvación es empresa personal. Nadie puede merecer por otro. ¡Sólo la sangre de Cristo puede perdonar los pecados! ¡No!: la solución a la inmoralidad general, la corrupción del poder, la injusticia, el desenfreno y la lujuria, que han convertido las ciudades en cloacas, los monasterios en burdeles y los palacios en antecámaras de torturas, ¡no está en comprar el perdón con dinero! ¡Eso es... simonía! Sacrilegio. Hay que atacar la raíz del mal: se ha organizado el mundo sobre una religión externa, hecha de gestos litúrgicos y cómplice de poderes injustos. (*Al intentar*

salir, grito de dolor.) ¡Aaah...!

- P. STAUPITZ. (*Acudiendo.*) ¿Otra vez ? (*Hace un gesto: el P. BUCER y el P. MELANCHTON acuden: entre los tres quitan al P. MARTÍN el terrible cilicio de cintura.*) Se nos pide llamar a las puertas del cielo. No intentar derribarlas a base de cilicios. Que sea la última vez.
- P. BUCER. El burgomaestre ha preguntado si iréis. Es la cuarta vez, Padre Staupitz. Si persistís en vuestra negativa el Arzobispo de Brandeburgo hará saber vuestra actitud a Roma.
- P. MARTÍN. ¡Y nosotros la suya a Dios! Leed esta carta. Miles de copias han sido repartidas por todo el país. La gente ya no se recata. En los mercados se lee en voz alta. El pueblo ha perdido el miedo.
- P. STAUPITZ. (*Leyendo.*) ¡No es posible que sea auténtica!
- P. MARTÍN. (*Leyendo.*) «Yo, Alberto, Arzobispo de Brandeburgo, a Juan Tetzl...!» ¡Y siguen las instrucciones para llevar a buen término la venta! ¡No encarecería un dueño a su criado el regateo del precio de una mula con mejores palabras!; ¿y estos otros papeles? (*Leyendo.*) «Los príncipes os traen y llevan de una guerra a otra por intereses que no os conciernen. Y el Elector os obliga a luchar -¡son el desorden!- contra los bandidos. Estos, en represalia, incendian los pueblos y se llevan a los que dejó el Elector por ser aún niños. Vuelve el Elector, y en castigo de la leva forzada, arrasa las piedras calcinadas entre las que quedan tan sólo los ancianos y las mujeres a las que la edad defendió de la soldadesca. Y esto en tiempos de paz. Cuando hay guerra entre naciones, a las muertes añadid las atroces hambres y las aniquiladoras pestes: durante años y años no ondula el trigo sobre los campos, sino los gritos de los muertos; y en los surcos no brillan los arados, sino rotas espadas y huesos humanos. Y todo por intereses que no os conciernen. Basta ya. Si los señores quieren pelear, ¡háganlo entre ellos!; porque lo cierto es que, al final de

cada batalla, los cuerpos que se funden al sol bajo los cuervos, son los de los desheredados de ambos lados, mientras los príncipes bailan con los banqueros; y los arzobispos con los burgueses celebrando una paz que es siempre la victoria de los poderosos contra el pueblo».

- P. STAUPITZ. Tiempo de libelos; proliferan como setas venenosas.
- P. MARTÍN. ¡Es la verdad de lo que está ocurriendo! En cuanto a la carta, tiene el sello del Arzobispo.
- P. STAUPITZ. El Padre Santo le ha encomendado la misión de distribuir entre el pueblo las indulgencias.
- P. MARTÍN. ¿Qué Padre Santo? ¡Quien está sentado en el solio de San Pedro es el Anticristo...!
- P. STAUPITZ. ¡Blasfemo...! (*A los demás.*) Dejados solos. (*Salen todos.*) Vuestros papeles. (*Y tiende la mano.*)
- P. MARTÍN. Sólo Dios nos oye. Sinceraos: ¿ni una duda ?
- P. STAUPITZ. Los tiempos no están para controversias: una chispa y el mundo se incendiará como un bosque.
- P. MARTÍN. ¿Ni una duda?
- P. STAUPITZ. ¡Basta!
- P. MARTÍN. ¡Yo también me he dicho a mí mismo «basta» tantas veces! (*En terrible tensión.*) Somos dos catedráticos en teología. A las almas piadosas, a nuestros jóvenes e inquietos discípulos, sí; pero a nuestras propias conciencias, ¿hasta cuándo podremos gritarles «basta»? Está decidido. (*Y sale.*)
- P. STAUPITZ. ¡No lo hagáis! (*El P. MARTÍN sale. Al P. BUCER.*) Que desista de esa refutación pública.
- P. BUCER. Pero... si vos opináis como él.
- P. STAUPITZ. En nombre del cielo, convencedle.

- P. BUCER. La peor traición es la que un hombre hace con sus actos si éstos son contrarios a lo que le dicta su inteligencia; es pecar contra el Espíritu Santo.
- P. STAUPITZ. Hay que ganar tiempo. No sé aún si sus doctrinas son verdaderas, o no, pero... son inoportunas: ¡El mundo no está preparado aún para recibirlas! Y menos las conclusiones que él mismo ignora aún, pero a las que fatalmente llegará.
- P. BUCER. ¿El origen y licitud de las jerarquías?
- P. STAUPITZ. (*Asiente.*) Que calle o vaya a Roma a exponer sus teorías: hacerlo allí es aportar ciencia; gritarlo aquí es rebelarse.
- P. BUCER. En Roma no florecen verdades, ¡sino patíbulos!
- P. STAUPITZ. ¡Que vaya! ¡Convencedle!
- P. BUCER. ¿Que le arrastre a la pira y la incendie? ¿Eso me pedís?
- P. STAUPITZ. Entonces discutámoslo aquí. Pero no ante el pueblo, sino entre teólogos. Es preciso esperar, ganar tiempo.
- P. BUCER. Y entretanto, mientras los campesinos siembran su trigo con sudor para sobrevivir al Santo Oficio le basta cambiar de lugar una coma para hacer llegar el oro del mundo a las arcas pontificias. (*Entra el P. MARTÍN con los pergaminos.*)
- P. STAUPITZ. ¡La palabra de Dios suele estar envuelta en tupidos velos y es preciso desentrañarla!
- P. MARTÍN. «Doctores tiene la madre Iglesia que os sabrán responder». Pero... ¡es que nosotros somos esos doctores e ignoramos la respuesta!
- P. STAUPITZ. ¿Vuestra tesis?
- P. MARTÍN. Sí.
- P. STAUPITZ. Entregádmelas.
- P. MARTÍN. No puedo.

P. MELANCHTON. ¡Del orgullo al error no hay más que un paso!

P. MARTÍN. ¿Y cuántos desde la humillación, llevada a extremos que repugnan a la inteligencia, cuántos hasta la esclavitud?

P. STAUPITZ. Os esperamos en la catedral. *(Y sale.)*

P. MARTÍN. ¡Ninguno! ¡Son la misma cosa!; y Cristo vino a hacer al hombre libre e hijo de Dios. ¡No a sustituir una esclavitud por otra! La antigua ataba el cuerpo con cadenas; ésta pretende marcar como a una res el pensamiento. Ni el mismo Dios tiene poder para esto.

P. MELANCHTON. ¡Las fuerzas del infierno no prevalecerán!

P. MARTÍN. Pero ¿de qué lado está hoy ese infierno?

P. MELANCHTON. *(Intenso.)* A veces, torna apariencias de luz.

P. MARTÍN. *(Pausa. De pronto aterrado.)* ¿En mí? *(Mira los pergaminos. Los va a rasgar.)*

ESCENA CUARTA

(Entretanto gira el fondo del coro, que se convierte en la gigantesca puerta de la catedral de Wittenberg. En la plaza el pueblo compra las indulgencias haciendo cola ante la mesa del vendedor mientras van entrando el consejo de la ciudad y por último el burgomaestre y el Elector Federico. Cantos. El P. MARTÍN mira la escena, duda aún; tensión; arruga sus pergaminos. De pronto uno de los compradores de indulgencias -un hombre embozado- rasga el pergamino. Estupefacción general.)

BURGOMAESTRE. *(A dos guardas.)* ¡Al sacrílego...! *(El hombre es apresado.)*

P. TETZEL. ¡Oh! ¡Qué dirá el Arzobispo cuando sepa las ofensas que a su honor hacen en vuestros dominios!

FEDERICO. Nada, si la recaudación es buena. Roma, el Arzobispo, vos y yo, tenemos el honor aquí. (*Y agita la bolsa; los soldados empujan al embozado al que obligan a arrodillarse a los pies del Elector que le alza la cabeza.*) ¡Thomas Muntzer! (*Asombro en todos.*) Buscando el martirio, ¿eh? (*A TETZEL, riendo.*) Sé que tus campesinos han estado a punto de matarte. Querías recobrar tu prestigio a sus ojos con este golpe de efecto ¿verdad? (*Irónico.*) «¡Ved cómo me juzgasteis mal! ¡A la muerte soy conducido! ¡Llorad por haberme abandonado! ». (*Ríe.*)

P. TETZEL. De modo que tú eres el pobre loco iluminado que predica la igualdad de los hombres y la comunidad de los bienes. (*Ríe.*) Burgomaestre. Los campesinos le creían un profeta. Algunos aún lo creen. Hace tiempo que queríamos cazarle. (*A MUNTZER.*) ¡Tus andanzas han terminado! (*A los soldados.*) ¡Llevadle!

FEDERICO. ¡No! (*Todos le miran.*) No seré yo quien corte las alas a pájaro tan útil. Agita tus hordas, pero que no abandonen los arados, ¿eh? Mientras todo se quede en lanzar papeles, romper bulas, dar gritos y carreras...

MUNTZER. Dios arrojará sobre vosotros el fuego de su venganza.

FEDERICO. Dios que haga lo que quiera. Pero tú y los tuyos no me deis motivo para una guerra en serio. (*Bajando la voz al oído de THOMAS MUNTZER.*) Confidencialmente, no es el momento. (*Sale MUNTZER.*)

MUNTZER. Pero... ¿sin castigo?

FEDERICO. Si ahorcara a todos los que las rasgan en público o en secreto, me quedaría sin súbditos. Las compran. (*Le palmea la espalda.*) Contentaos.

(*Van saliendo por izquierda.*)

FEDERICO. Esperemos que la recaudación esté a la altura del discurso. Asistiréis al Auto de Fe.

P. TETZEL. Debo partir.

FEDERICO. Después. Me representaréis. Me esperan otros corzos y otras aves, mientras vos termináis de desplumar a éstas.

(Han salido todos. Los últimos los dos contadores de TETZEL con las arquetas. Queda solo el P. MARTÍN. Sube la escalinata. Queda dudando ante las grandes puertas de la catedral. Entra MUNTZER. Pausa.)

MUNTZER. Decídete.

P. MARTÍN. *(Volviéndose.)* Muntzer, ¿cómo sabes... ?

MUNTZER. Tengo hombres en todas partes, incluso en tu convento; decídete a enseñar al pueblo la verdad. Toda.

P. MARTÍN. No es fácil.

MUNTZER. Imposible mientras los que la conocen continúen ocultándola tras las máscaras del fanatismo, el miedo y una pretendida legalidad. *(Se oyen risas, música y canciones.)*

P. MARTÍN. ¿Qué tienen que ver mis tesis contra las indulgencias con vuestros propósitos? Los conozco. Además ¿de qué serviría?, los envié al obispo, no me ha contestado. Tampoco ahora me harán caso. Se puede luchar contra todo, menos contra los impenetrables muros del silencio. Y me arriesgo a ser condenado. Como Erasmo.

MUNTZER. El Obispo de París le absolvió.

P. MARTÍN. Después que se hubo retractado.

MUNTZER. La burocracia eclesiástica lucha contra las más preclaras inteligencias del mundo desde hace siglos. Aunque fracaséis, intentadlo. Algún día, pese a los tupidos tapices que decoran los despachos del Santo Oficio, la luz de la inteligencia resplandecerá en el mundo. ¿Por qué ese día no puede ser hoy?

(Música; canciones y risas de mujer más fuertes.)

MUNTZER. ¿O preferís seguir las huellas de Erasmo al que su cobardía protege de su inteligencia? Es una llama devorándose a sí misma. Como vos.

P. MARTÍN. Vive y enseña en libertad.

MUNTZER. Pero está pagando su silencio al precio más alto que un intelectual puede pagar: ¡avergonzarse de su inteligencia!

(En primer término izquierda, sobre la puerta por la que antes entraron varios hombres, se abre un balcón. Asoman dos mujeres -ELENA y MARGARITA-, se oyen más fuertes la música y canciones de borrachos.)

P. MARTÍN. No os confundáis. En mis tesis no me rebelo -como vos- contra la estructura del poder, ni contra los hombres que, movidos por bajos intereses, los utilizan, sino contra las falsas interpretaciones de la doctrina que hacen posible la estafa ideológica en que vivimos.

MARGARITA. Eh, pochos: ¿quién de los dos sube?; ¡que necesito dinerín para comprar mi bula...!

ELENA. Y yo: subid los dos, guapetones.

MUNTZER. No hay negocio mejor organizado ni de mayores ganancias que el vicio.

MARGARITA. ¿Queréis que nos condenemos, corazoncetes?

MUNTZER. ¿Qué importa pecar, si sólo es preciso entrar en la tienda de enfrente para comprar el perdón?

ELENA. El gordo para mí.

MUNTZER. *(Señala.)* Los burdeles rodean las catedrales: hay que acortar distancias entre el pecado y la compra del perdón.

MARGARITA. Ya, ya, os hacéis los tontos de día y en medio de la plaza. Pero de noche...

ELENA. Cierra. Ya les pescaremos en la cama.

MARGARITA. Vais a ir servidos, camastrones. (*Y cierran las ventanas.*)

MUNTZER. Decidíos de una vez.

P. MARTÍN. Tengo el alma despedazada entre mil apetitos carnales y mil deseos de pureza. Mi inteligencia me dice: «Sí». Y mi conciencia «Lánzate»...; y tiendo las alas, pero éstas caen sobre el barro, y lucho por salir de mi noche... pero no encuentro fuera sino otra noche. ¿Qué debo hacer...? ¿Qué debo hacer...?

MUNTZER. (*Irónico.*) «Alas...»; «barro...»; «noche...»; déjate de palabrería de púlpito. Coge los hechos por los cuernos. Enfrentate. Sólo la verdad importa.

P. MARTÍN. Pero, ¿dónde está mi verdad, ahora? ¿En decir «Sí»? ¿O en gritar «¡No!»? Quince años esperando la respuesta. Y sólo responde el silencio. Tengo miedo. Y... ¡hay tantas contradicciones en mí!

MUNTZER. Déjate de escrúpulos de beata, egoísta. Piensa en los demás. Explícales el cómo y los porqués de la maraña que nos atenaza. (*Comienza a oírse muy lejos una música procesional.*) ¿Sabes lo que me ha ocurrido con uno de mis grupos de campesinos, el más fiel? (*Música más fuerte; estalla.*) Después de hacerles objeto de robo y de masacres, de desesperarlos hasta la rebelión, los han condenado a un auto de fe en castigo de lo que ellos mismos provocaron. (*Aferra al P. MARTÍN.*) ¿Y aún dudas?

P. MARTÍN. No me arrancarás una palabra que empuje a nadie a la violencia.

MUNTZER. Enciértrate en tu torre. ¡Cómplice!

P. MARTÍN. ¿Por qué este empeño? ¿Quién soy yo?: nadie. Un oscuro catedrático.

MUNTZER. Mírame, mis compañeros se ríen de mis sueños. Mis seguidores han querido asesinarme. Mi obispo me ha retirado las

licencias. El Consejo de la Ciudad había puesto precio a mi cabeza. Vengo -desesperado ya- a entregarme. Y... -¡ah, ironía!- me salva... ¡El Elector! ¿Comprendes? Mientras mi fuerza -si vuelvo a recuperarla- no sea más que un puñado de campesinos, los príncipes temiendo por sus posesiones y los banqueros por la seguridad de sus transacciones acudirán al Elector. Este con el pretexto de alzar un ejército aumentará los impuestos y modificará las leyes. ¿Para qué? ¿Para aplastarme a mí? ¿El Elector, un profesional de la guerra, con todo el poder, el dinero y la ayuda de los príncipes vecinos y aun de Francia, España y Roma si fuera necesario? Sabe que no sería más que brizna ante el ciclón. Eso seremos. ¡Qué negociación!: arcas repletas, poder, prestigio... a cambio de un soplido. ¿Comprendes?: nada soy. Sólo una encrucijada de intereses, con el tiempo. Tú puedes también llegar a serlo. En otro plano: la doctrina. La rebelión... -pero esta vez en serio, a gran escala- ¡está a punto de estallar! Sólo podremos controlarla poniéndonos al frente de ella -tú en el campo de las ideas, yo, si es preciso, en el de las armas-. Si no, otros lo harán y conducirán al pueblo por caminos aún más atroces. O evolución o revolución. O en los códigos, o con las espadas. O en la legalidad o con la guerra: no hay alternativa. Escucha.

P. MARTÍN. Mi camino no es la política sino la ciencia. No quiero conocer tus designios. Mi misión es ésta: las Sagradas Escrituras.

MUNTZER. Lo que quedó de un pueblo va a ser legalmente aniquilado. Después de la fiesta, esas ventanas se llenarán de luces y cantos hasta el alba. Y Tetzal partirá con la sangre de las viudas en sus bolsas. Mañana otra ciudad: habrá despojo, ajusticiamientos y fiesta. Y otra. Y otra. (*Le aferra.*) ¡Cobarde...!

P. MARTÍN. Soy un teólogo. No un cabecilla de revueltas, no un profeta de futuros.

MUNTZER. Dios dio al hombre la facultad de pensar, y el tormento de dudar, pero también nos impuso el deber más arduo y maravi-

lloso, lo único que justifica nuestra existencia: ¡elegir! (*De rodillas, en lucha.*) ¡Dios mío!: si queda otro camino, decidme cuál es! (*Pausa.*) ¡Qué silencio! No quiero hacerlo. No es miedo es... (*De pronto.*) ¡Sí! ¡Lo es! (*Resuelto.*) ¡Lo... era! Pues debe hacerse y los que pueden se refugian en sus libros sin mover un dedo, ¡yo seré tu brazo! Quizás esté equivocado. Pero al reclamar la libertad de pensar, ¿cómo excluir el derecho a equivocarse? Nosotros y los príncipes, cardenales y banqueros. No soy tan ingenuo que piense que el Mal está sólo en ellos, y el Bien sea patrimonio exclusivo del pueblo. El Bien y el Mal viven mezclados. Pero está claro que los hombres que hoy detentan el poder del mundo se aferran al mantenimiento de un orden de cosas injusto a todas luces. La intención de alguno puede ser buena. Pero el sistema, no. Cuando fue establecido quizá fuera por necesario, legítimo, hoy es inadecuado e injusto. Hay que cambiarlo. (*Inicia salida.*) Hasta nunca.

P. MARTÍN. Espera.

MUNTZER. Ya no hay tiempo. Quizá un día forméis parte del tribunal que me condenará a la hoguera.

P. MARTÍN. Eso no.

MUNTZER. Aun entonces te seguiré comprendiendo porque también yo estuve indeciso durante años. Acabo de elegir.

P. MARTÍN. ¿Qué?

MUNTZER. La acción. (*Y sale.*)

(Entra la comitiva. Tras la cruz alzada, sobre carretas, EZEQUIEL y varios de los campesinos de MUNTZER. Llevan ropas de ignominia y las manos atadas. Gritan. No sabemos qué pues el coro de voces que canta nos impide percibir sus palabras. Entra detrás el Consejo de la Ciudad; el BURGOMAESTRE y TETZEL a caballo. El caballo de éste lleva también dos grandes arquetas, una a cada lado. Los últimos en entrar son el P. BUCER y el P. MELANCHTON.)

VARIOS. ¡Piedad...!

EZEQUIEL. ¡Thomas Muntzer...!

VARIOS. ¡Somos inocentes...!

EZEQUIEL. ¡Donde quieras que estés perdónanos, Thomas Muntzer...!

VARIOS. ¡Somos inocentes...!

TETZEL. ¿Por qué se han parado? Acabemos de una vez. Tengo aún un largo camino hasta...

P. MARTÍN. *(Los brazos tendidos al cielo.)* ¡Aaah..!

(El P. BUCER y el P. MELANCHTON se inclinan sobre el P. MARTÍN. Le alzan.)

P. MARTÍN. ¡Sacadme de aquí...!

(Pero el ruido les hace volverse: las monedas caen y caen y ruedan. Es una catarata de oro. Una de las arquetas de TETZEL se ha desfondado.)

BURGOMAESTRE. ¡Soldados!

(Varios soldados rodean los oros. TETZEL desciende y los recoge. Pero las miradas de todos están en el P. MARTÍN que ha quitado al verdugo el hacha y la bolsa de los clavos y lentamente como iluminado asciende la escalinata de la catedral y está clavando el pergamino de las tesis en la gigantesca puerta de la catedral.)

(Estupor general. Silencio absoluto. Sólo se oye el ruido del hacha clavando los dos grandes clavos.)

(Oscuro. Volteo de campanas tocando a rebato.)

ESCENA QUINTA

(Luz: ALBERTO en su alcoba; las manos en los oros de las arquetas. Estamos en la alcoba. Viste ropón blanco. A su lado JUAN TETZEL

y CLOTILDE FÚCAR.)

ALBERTO. *(Por los oros.)* ¿Sólo... esto?

TETZEL. Son tres mil quinientos florines, Eminencia.

CLOTILDE. *(Por las campanas.)* ¿Qué ocurre. Tetzal?

TETZEL. No lo sé. Acabo de llegar de un viaje de ocho meses.

ALBERTO. Los campesinos de Muntzer asesinaron anoche a un cura y han quemado tres iglesias.

CLOTILDE. Ah, lo de siempre. ¿Te ha gustado mi regalo? *(Y muestra el maravilloso reloj: oro y pedrería. Está dando la hora, las figuras entran y salen; es una joya de valor incalculable.)* Me lo trajo mi marido de Venecia.

ALBERTO. El hombre más rico y más viejo de la tierra intenta hacerse perdonar decepciones de sábanas. ¿Qué haría yo sin ti?

CLOTILDE. Sin el dinero de mi marido, querrás decir.

ALBERTO. Viejo usurero: en mala hora me puse en sus manos.

CLOTILDE. Roma pedía veinticuatro mil florines; y tú querías la púrpura cardenalicia. Se puede discutir todo con Roma, menos el precio. Pobre Jacobo, creyó comprarme con su inmensa fortuna, y ya ves para lo que está sirviendo: para que yo compre los caprichos de mis jóvenes amantes.

TETZEL. Jacobo Fúcar.

(ALBERTO y CLOTILDE se miran. Esta se cubre y se oculta.)

ALBERTO. Que espere un momento.

JACOBO. *(Entrando.)* Imposible.

ALBERTO. ¿Tan urgente ?

JACOBO Sí.

ALBERTO. Os creía de viaje.

JACOBO. Lo estaba.

ALBERTO. Supisteis que Tetzal... venía a traerme el oro. Ahí lo tenéis. No lo he contado, pero no debe haber ni la cuarta parte de lo que os debo.

JACOBO. (*Cuenta.*) Tres mil quinientos florines.

ALBERTO. (*Riendo.*) La mejor policía del mundo la tiene... ¿Roma?; ¿el emperador? ¡No! ¡Un banquero...! (*Ríe.*) El más rico, el poderoso, astuto y frío. A veces pienso que todos -hasta el Emperador- no somos más que funcionarios a sueldo vuestro. Al grano: ¿qué queréis si no es... vuestro dinero?

JACOBO. La cabeza de ese visionario.

ALBERTO. ¿Thomas Muntzer?

JACOBO. Martín Lutero.

ALBERTO. ¿Algún bandido que, por error, ha caído sobre uno de vuestros correos? Disculpadme si no estoy al tanto de todo, como vos. He pasado estos últimos meses visitando mis dominios.

JACOBO. (*Señalando un gigantesco mapa.*) Hamburgo, Stehin, Nuremberg, Dantzic, Francfort, Berlem, puerta de Silesia; ciudades todas ricas y bien pobladas. Nuestro poder está aquí. Nuestra grandeza.

ALBERTO. Me vais a indigestar el desayuno con vuestra obsesión por la geografía. Además ¿es una broma? Cuando los turcos conquistaron Egipto, todo el tráfico de Venecia con Extremo Oriente... (*Gesto de cortarse el cuello.*) El mejor negocio de vuestra vida. Se dice, incluso, que vos financiasteis esa guerra. Tenéis negocios en todo el mundo conocido. De modo que no señaléis el mapa de Alemania diciendo «Aquí se encierra nuestro poder». El vuestro sólo tiene por límite... el firmamento.

JACOBO. Pues bien: el vuestro, el mío, el del emperador, el de Roma, todos los poderes -políticos, religiosos, económicos- del

mundo descansan sobre una piedra clave. Si cae, todo se derrumbará con ella.

ALBERTO. ¿Qué piedra?

JACOBO. La ordenación jerárquica. La sumisión de todos a la voluntad de un puñado: nosotros. Decidles: «Sed libres» -aunque sólo sea- «de pensar por vuestra cuenta» y todo se derrumbará como un castillo de naipes. O cerramos la boca a ese iluminado o nuestro mundo desaparecerá.

ALBERTO. Los campesinos tienen hambre. (Ríe.) Abrid vuestros graneros al pueblo y... ¡todo resuelto! No lo haréis, claro. ¿Una guerra? ¿dos? ¿cien? Serán aplastadas: ha ocurrido ya muchas veces. ¡Pobre Thomas Muntzer!

JACOBO. No me refiero a él. ¡Al diablo Thomas Muntzer y sus hordas de campesinos! De las ideas, no de las espadas, nace lo perdurable. La organización del mundo -el nuestro, el imperio, la iglesia- es poderosa porque la defienden fabulosos intereses. Muntzer caerá como tantos otros antes que él. Este otro -Martín Lutero- es mucho más peligroso. No intenta destruir nuestro río, sino cambiar su curso.

ALBERTO. ¿Cambiar un hombre el curso de la Historia?

JACOBO. Tampoco es eso: Un hombre solo no puede hacer nada. Lo sé muy bien. Comencé a los diecisiete años, sin más fortuna que mi tesón y una idea. Utilicé una organización que ya existía, y sus mismos intereses, pero... introduciendo en su estructura una idea nueva.

TETZEL. (*Entrando.*) Los peregrinos esperan en la plaza: es día de jubileo.

ALBERTO. Mal día escogieron. (*TETZEL le ayuda a ponerse la capa y demás, mientras...*) Dais dinero a los poderosos y os olvidáis, a veces, de reclamarlo. (Ríe.) Atados. Y después de todo si compramos tapices, vuestras son las fábricas, y así todo lo demás. Y a

cambio de... nada, somos vuestros embajadores, teólogos, legisladores... ¿Realmente tiene un límite vuestra fortuna? Vuestra vida parece cada día... una partida de ajedrez contra el mundo. Y ganáis siempre. ¿Cuál es el secreto?

JACOBO. Que lo sé todo antes que nadie. Sí; mi agencia de noticias. Más aún: se sabe tan solo lo que yo quiero.

ALBERTO. ¿Mi misión... hoy?

JACOBO. Roma. (*Le da un papel.*) Partiréis hoy ¿Objetivo?: Martín Lutero. Excomunió.

ALBERTO. Empiezo a asustarme. ¿Quién es?

JACOBO. Un agustino del convento de Wittenberg.

ALBERTO. Pero... ¿Wittenberg pertenece a los dominios del Elector Federico! ¿Qué pinto yo en esto?

JACOBO. Mi intermediario en Roma. Entretanto yo iré a Sajonia. Sí, a negociar con Federico la piel y la lengua de ese monje. Hay que montar una operación conjunta, en gran escala. Mi hijo está en París...

TETZEL. ¿Todo el oro del mundo por la cabeza de Lutero?

ALBERTO ¿Le conocéis?

TETZEL. En Wittenberg. Está todo... (*Muestra unos papeles.*) en mi informe. (*ALBERTO los lee mientras...*) Se enfrentó con la teología de las indulgencias. Pero -que yo sepa- no tiene nada que ver con estas pequeñas revueltas. Su única rebelión concierne a las ideas: concretamente a la interpretación de los textos...

JACOBO. Las ideas me importan menos que los hombres que las defienden. He conocido a muchos con ideas grandiosas pidiendo la limosna de un puesto de escribano en mi antecámara mientras yo, con sólo una idea levanté un imperio. Importa el tesón, la fiebre que uno pueda poner en ella.

ALBERTO. Profetas iluminados surgen en cada pueblo y ciudad todos los años.

JACOBO. También yo creí que era otro embaucador. Pero acabo de saber algo de él que me ha asombrado. (*Le miran.*) Ha permanecido quince años en silencio. Demasiado tiempo en un hombre nacido para hablar. Ha meditado, analizado. Lo sabe todo de nosotros: las ideas y la madera de que estamos hechos. Y ¡cómo ha elegido el momento de vender! (*ALBERTO le mira atónito. JACOBO asiente con la cabeza.*) Para mí no es un teólogo, sino un comerciante revolucionario, genial; y ¡a qué escala!; ¿un país?; ¿un continente? (*Niega.*) ¡La Cristiandad! Y no vende armas, sino ideas. Imposible asociarse con él, ni estamos preparados para hacerle la competencia. ¡La ruina!

ALBERTO. ¿Tantos partidarios tiene?

TETZEL. Apenas dos o tres discípulos. E innumerables enemigos. Incluso entre los monjes de su convento. Bastaría un Capítulo General de la Orden para aplastarle. Es una... sugerencia.

JACOBO. Lo dudo. Cierto que está solo. Y lo sabe. No tiene partidarios, sino intereses que se apoyan en él; ¡sí!: el mismo Elector Federico. Pero... no se ha comprometido con él ni con ningún otro. Lo contrario a todas las leyes conocidas.

ALBERTO. (*Leyendo el informe.*) «Espíritu práctico de comerciante. Alma de profeta y voz de trueno». Una mezcla explosiva.

TETZEL. Pero con fallo fundamental: sin sentido de la realidad. No es un... político.

JACOBO. Su realidad es distinta a la nuestra, me temo: por eso no podemos verla.

TETZEL. Todo, en él, es confuso. Más: contradictorio.

JACOBO. La confusión está en los que le rodean, no en él.

ALBERTO. (*Leyendo.*) «Aparece, cambia, surge de nuevo: avanza,

se retira y espera en silencio, para volver, inesperadamente al ataque por el flanco imprevisto. Y, además, cobarde». (*Atónito: a TETZEL.*) ¿Y decíais «no es político»?

JACOBO. Y no es cobarde. No se enfrenta pero llegado el caso no renuncia a la pelea.

ALBERTO. Pero, ¿si es el político perfecto!

JACOBO. Que... no se vende.

ALBERTO. No tiene armas. ¿Puede acaso conquistar el mundo con una idea que él mismo admite como confusa?

JACOBO. Conoce el alma humana. Sabe que no son las ideas claras las que arrastran a los pueblos, sino la magia de una promesa. Si no logramos aplastarle a tiempo, sus teorías se harán realidades.

ALBERTO. ¿Hoy?: imposible.

JACOBO. Peor: en nuestros hijos. (*Patético.*) No me importa la supervivencia de lo que soy sino de lo que signifique: No quiero que muera conmigo el poder nacido de mí, que yo he creado. (*Sincero, como pensando en voz alta.*) Sobra uno. (*Niega, estallando.*) No seré yo quien caiga al agua. Estamos en el mismo barco. Él quiere llevarlo a un puerto donde la mercancía es necesaria. Yo... a donde pueda sacar mayores beneficios.

ALBERTO. (*Que empieza a comprender.*) ¿A qué precio?

JACOBO. ¡A cualquiera! Es el curso de la historia lo que está en juego.

ALBERTO. (*Riendo.*) Intereses, historia, religión, futuro: ¡qué mezcla tan confusa y contradictoria de datos, conceptos, y ... presentimientos...!

JACOBO. Es nuestra única posibilidad: que esta confusión que no dejará de advertir, lo haga dudar y esta duda le paralice por un tiempo, el necesario para nosotros actuar.

ALBERTO. Todos, nobles, clero, campesinos, banqueros, alta jerarquía eclesiástica, estamos de acuerdo. Cada grupo se apoya - alternativamente- en los demás, contra el enemigo común: el más fuerte en ese momento. Ayer vuestro enemigo era la Iglesia, y os aliasteis con los nobles; hoy...

JACOBO. EL peligro es Martín Lutero. Por eso me aliaré con el clero, la nobleza y... el infierno si fuera preciso.

ALBERTO. Después (*Riendo.*) ¿habrá llegado el momento de eliminar a los nobles y... repartirnos las ganancias?: tierras, reinos, el Solio de San Pedro...

JACOBO. ¡Menos... sueños! Bastará con pasaros una renta vitalicia, como a ellos.

ALBERTO. Qué fatua seguridad. O... ¿acaso tenéis un arma secreta contra la historia?

JACOBO. (*Después de una pausa. Solemne.*) Sí.

ALBERTO. (*Riendo.*) ¿Dónde está?

JACOBO. Aquí...

(*JACOBO gira un panel: surge un espejo enmarcado como si fuera un cuadro. Se refleja en él el rostro de ALBERTO. Una combinación con otro panel con otro espejo, multiplica el rostro de ALBERTO hasta el infinito.*)

JACOBO. En esta galería de retratos de vuestros antepasados. Observad con atención, cada rostro, ved cómo los rasgos van desdibujándose ¡degeneran! Tengo un hijo. (*Sorpresa enorme en ALBERTO.*) El primer cuadro de mi galería. Tiene vuestra edad: inmensamente rico, pero trabaja desde hace años, sin por eso descuidar sus estudios en las más célebres universidades. Allí donde llega, además de las clases, atiende a nuestras sucursales. Y si no hay, debe crearlas; y ya florecientes... otra ciudad; otro país. Donde haya un buen maestro y ricos burgueses que no sepan qué

hacer con su dinero.

ALBERTO. Jamás hablasteis de ese hijo.

JACOBO. Cuido de rodearle de amistades convenientes. (*Señalando su historia.*) Se casará un día. Tendrá hijos. Los educará como yo a él, nada de malicias: austeridad, tesón en el trabajo, enlaces adecuados. (*En héroe.*) Sus descendientes no tendrán ese aire decrepito de pergamino carcomido. No por mí, por ellos, os envió a Roma, está él en París, voy yo a Sajonia y tengo en pie de guerra a mis peones de Venecia, Flandes, Inglaterra, Milán, Florencia. No está en juego mi vida. Más: el futuro de mi casta. (*Pone en marcha el mecanismo del reloj.*) Su madre fue una moza fuerte, alegre, bella. Pude elegir una princesa. Pensé en ese futuro. Y elegí el pueblo: ella. Me dio el hijo. Luego... díselo tú misma, Clotilde... He sabido siempre los nombres de sus amantes cuando no habían llegado aún a serlo. (*Entra CLOTILDE.*) Confidentes. Por supuesto, casi todos han sido más jóvenes que ella y, ¡buen dinero me han costado! Pero todo lo di por bien empleado, ya que con ello compré mi conciencia.

ALBERTO. Os creía sólo un negociante, señor... moralista.

JACOBO. Nada hay más rentable que una conciencia que se siente culpable. Prostituir el mundo, envilecer cada país, cada estamento, cada grupo dirigente: el secreto del negocio. Vamos. (*Y sale.*)

ALBERTO. (*Desesperado.*) ¡Quédate!

CLOTILDE. (*Con cinismo.*) ¿Qué puedes ofrecerme?

ALBERTO. (*Mintiendo.*) Amor.

CLOTILDE. (*Con odio.*) ¿Por cuánto tiempo?

ALBERTO. (*Sincero.*) ¡Estoy solo y tengo miedo!

CLOTILDE. (*Vengándose.*) Como todos.

ALBERTO. Él no. Es acero.

CLOTILDE. (*Negación la cabeza.*) Se finge fuerte. Es su gran truco. Cuenta con la cobardía de los demás. No tiene nada. (*Saliendo*) Incluso ese hijo, su orgullo, su futuro... no es hijo suyo. (*Y va a salir.*)

ALBERTO ¿Volvemos a vernos?

CLOTILDE. ¡Nunca! (*Y sale.*)

(*Un gran acorde de órgano. Oscuro.*)

ESCENA SEXTA

(*SALA CAPITULAR*)

(*Sentados en doble semicírculo los monjes agustinos que forman el Capítulo General de la Orden. Sólo destaca el General de la Orden, sobre estrado y bajo baldaquino. Todos los demás monjes en sillas idénticas y en un mismo plano. Pese a ser todos agustinos no visten iguales, sino según sus respectivas jerarquías: así el P. LUCAS es obispo, el P. CRISÓSTOMO, Abad mitrado. Sin embargo, de algún modo debe haber una unidad -un punto de referencia, la esclavina, por ejemplo- de vestuario, pese a la diversidad. Todas las edades.*)

(*El P. MARTÍN en el centro de la escena, de rodillas, las espaldas desnudas sangrantes. En pie, a su lado, con las disciplinas en las manos están el P. BUCER y el P. MELANCHTON.*)

P. RAFAEL. (*En pie.*) ¿Que entrasteis en religión por cumplir un voto? Pudisteis sustituirlo por una obra piadosa.

P. MARTÍN. El mundo era una tentación para mi naturaleza. Creí que en un convento podría vencer mejor las tentaciones, acercarme más a Dios.

P. RAFAEL. ¿ Y... no ?

P. MARTÍN. (*Niega.*) Me entregué al estudio intentando huir de mis

pasiones.

P. RAFAEL. ¿Que por ellas trabajasteis en los libros sagrados, y así descubristeis vuestras doctrinas?

P. MARTÍN. ¡Sí!

P. EULOGIO. (*Poniéndose en pie.*) ¡Noo...! Un hombre como vos, si abre un libro, es para leer en él su propio pensamiento.

P. MARTÍN. ¿Pretendéis saber de mí lo que yo mismo ignoro? Además mi doctrina no es nueva. (*Coge un libro.*) Todos habéis leído el «Comentario de las Sentencias» del teólogo Gabriel de Bill. (*Lo abre.*) Enlazando con el pensamiento de Okham, hace residir en Dios el valor y el sentido de las leyes. (*Lee.*) «Los pecados lo son porque Dios quiere. Las buenas acciones lo son, porque Él las acepta como tales». (*Cierra el libro de golpe.*) Lo importante no es, por tanto, nuestra intención, sino la aceptación o repulsa divina.

P. ANSELMO. (*En pie.*) ¿La predestinación incondicional?

P. MARTÍN. ¡Sí!

VARIOS. (*Poniéndose en pie.*) ¡Herejía...!

(*Dos monjes abandonan la escena indignados -el P. ANSELMO y otro- llevándose sus papeles y libros de consulta.*)

P. MARTÍN. (*Golpeando el suelo con el libro.*) Sólo Dios puede salvarnos. Podemos acercarnos a Él por la fe. Nada puede el hombre, sino confiar en Dios. Abandonarse a Él.

P. RAFAEL. La contrición perfecta puede abolir las penas merecidas por nuestros pecados.

P. MARTÍN. ¿Para qué sirven, entonces, las indulgencias?

P. RAFAEL. La sangre de Cristo nos redimió. A partir de Ella, el hombre puede merecer por sus obras.

P. MARTÍN. ¡No! ¡Sólo la sangre de Cristo! Aunque nuestras

penitencias fueran mayores que las de los Santos más mortificados no podríamos, sólo por ellas, elevar los ojos a un Dios toda justicia.

- P. EULOGIO. ¿La Buena Nueva quiere, acaso, ponernos frente a la justicia de Dios, olvidando su misericordia?
- P. MARTÍN. Eso mismo me preguntaba yo durante años. ¡Y, de pronto, lo vi todo tan claro! La Buena Nueva es la que vive en el hombre, que se hace justo a los ojos de Dios por la fe.
- P. EULOGIO. Pero ¿a qué fe os referís?
- P. MARTÍN. Aquella por la que Dios nos justifica, según está escrito: «¡El justo vivirá por la fe!». No he sido el primero en condenar las indulgencias, pero estoy llegando más allá. No sólo ningún hombre puede merecer por otro, sino ni siquiera por sí mismo. Toda obra de la Ley sin la Gracia, aun teniendo la apariencia de buena acción, es pecado. ¡Malditos los que cumplen las obras de la Ley y benditos los que cumplen las obras de la Gracia! La que hace vivir al cristiano, no es la Ley muerta del Levítico, no es el Decálogo, sino el amor a Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo. ¡Yo os conjuro, en nombre del Cielo, a que me citéis un solo texto sagrado en el que se diga que «el hombre puede salvarse por sus obras»! (*Escándalo.*)
- P. GENERAL. ¡Silencio! (*Todos callan.*) No es la doctrina de la Iglesia la que estamos sometiendo a juicio, sino la vuestra y los motivos que os llevaron a ella.
- P. MARTÍN. ¡Nooo...! Juzgad mi doctrina. Estamos aquí para eso. Pero los motivos que me han llevado a ella, sólo Dios puede juzgarlos, pues sólo Él los conoce.
- P. AGUSTIN. Pero ambas cosas están estrechamente vinculadas, pues elegisteis esa doctrina porque solucionaba todos vuestros problemas personales. ¿Sí o no?

- P. MARTÍN. Es posible. No lo sé.
- P. AGUSTIN. No era la respuesta a una cuestión doctrinal lo que buscabais, sino la solución a un problema personal. ¿Lo admitís?
- P. MARTÍN. Para un hombre libre, todos los problemas, aun los ajenos, son personales.
- P. THOMAS. Ése fue el siguiente peldaño, no podíais vencer las tentaciones de la carne. Abandonasteis la lucha. Mas para acallar los gritos de vuestra conciencia, llegasteis a la interpretación personal y libre de todos los textos. Pero, ¿y la verdad?
- P. MARTÍN. Sólo es revelada al hombre que la busca, y existe en él únicamente en tanto que la ha buscado. La aceptada por costumbre es una verdad muerta.
- P. STAUPITZ. ¿Afirmáis haberla buscado durante quince años, y por todo hallazgo nos traéis la confusión?
- P. MARTÍN. La verdad no cuelga de los árboles. Hay que buscarla y el camino es áspero, y envuelto en tinieblas. ¿Qué me reprocháis? ¿Haberla buscado, haber creído encontrarla, o que sea distinta de la que vosotros, sin búsqueda, os creéis en posesión?
- P. STAUPITZ. Ni haber buscado la verdad, ni aun defender un error, pues para vos, tiene el rostro de lo verdadero; sino haber sembrado la duda en el corazón del mundo.
- P. MARTÍN. ¿Y vos, a quien debo la primera revelación, decís eso? ¿Quién me enseñó a no dejarme invadir y torturar por la obsesión del pecado ni por el temor a perder la Gracia? ¡Vos! Dejad de atacar mis intenciones. Estamos aquí para estudiar mi doctrina.
- P. AGUSTIN. Pero ¿qué doctrina? ¿Dónde está? He ido recogiendo notas de lo que en los últimos meses habéis predicado en la Catedral, enseñado a vuestros discípulos, y de lo que habéis dicho durante los ocho días que llevamos discutiendo. Ni rastro de doctrina he encontrado. Sólo cien caminos diferentes, tan pronto

señalados como abandonados. Mil saltos en el vacío. Cien lagunas. ¿Cómo atacar una doctrina que no existe?

P. BUCER. No estamos aquí para atacar nada sino para discutir todo.

P. RAFAEL. ¿Pero qué es ese todo?; ¿Cien frases cogidas de aquí y de allá sin estructura... sin médula?

P. MARTÍN. Sólo los cuerpos muertos pueden ser objeto del análisis que pedís. Los vivos, cambian, se modifican, se adaptan, luchan.

P. AGUSTIN. Vuestro pecado nació de la desesperanza: «Yo no puedo» y degeneró en orgullo: «Luego... nadie puede». He aquí la gran clave de todo.

P. MARTÍN. Sí, sí, sí. Desde hace quince años grito: «No puedo» ¿Y qué se me ha respondido siempre?: «Podéis». Pero... ¡no puedo! ¡Mi espíritu desea acercarse a Dios, pero no puede hacerlo por vuestro camino de la seguridad, sino por el mío de la duda!

P. GENERAL. Habéis hablado mucho, durante estos meses, de los vicios de Roma, de la concupiscencia, del orgullo, el abuso de poder que anidan en ella. ¿No será que odiáis en ella lo que teméis en vos mismo?

P. MARTÍN. Quizá, pero ya no temo mis pecados. Los amo: los de todos conocidos y los que guardo secretos.

P. EULOGIO. No se trata de la reforma de la Iglesia. Se trata de crear otra en la que haya cabida para vos.

P. MARTÍN. ¡Para mí y para los millones de hombres que, como yo, dudan y se preguntan cada día!

AGUSTIN. ¿Acaso no están ya respondidas, por Dios, todas las preguntas humanas?

P. MARTÍN. ¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde?

VARIOS. (*Gritan.*) ¡Blasfemia!

(*Gran revuelo; se van otros monjes.*)

P. MARTÍN. (*Cayendo de rodillas.*) Thomas Muntzer, esta guerra es peor que tu guerra.

P. GENERAL. ¡Silencio...!

(*Todos callan: El P. CRISÓSTOMO se pone en pie. Se acerca conducido por dos monjes -es ciego- hasta el P. MARTÍN.*)

P. CRISÓSTOMO. (*Al P. MARTÍN.*) Soy Juan Crisóstomo, Abad del monasterio de San Lucas; vine de tan lejos a deciros en nombre de los trescientos monjes de mi monasterio que estamos con vos, pero estoy desconcertado. (*Duda.*) Comenzaré haciendo (*En tensión.*) una gravísima confesión pública: hace treinta años que vivo sin fe. (*Murmullos de enorme sorpresa.*) En mi juventud fui, como todos sabéis, un teólogo célebre. En el curso de mis estudios encontré tal cúmulo de falsedades, no casuales, sino intencionadas, que perdí la fe. Nadie lo ha sabido hasta ahora. Incluso mis monjes lo ignoran. Cuando vienen a mí con preguntas, yo... callo. ¿Cómo horrorizarles con el vacío que me habita, decirles que la desesperación me tiene al borde del suicidio? Comenzó todo al... quedarme ciego. Me dije: «Acepto, aunque inocente, por los pecados de los demás; Dios, a través de mi dolor y el de tantos inocentes que sufren sin culpa, se apiadará de los pecadores y el mundo será distinto»; «que mis sufrimientos se acrecienten, incluso -pedía- si, con ello, se adelanta la hora en que la luz de la justicia se haga sobre el mundo». Pero éste se hundía cada vez más en la abyección: asesinatos legales, explotación, guerras. El infierno en el poder aún en los puestos más sagrados. Como si el cielo se complaciese en favorecer el Mal y humillar el Bien. Quedó -y queda aún- un solo hilo por soltar «tanto dolor inocente debe tener un sentido». He venido sólo para haceros esta pregunta: «¿Qué sentido tiene el dolor de los inocentes si nadie puede merecer por nadie?».

P. MARTÍN. No lo sé.

P. CRISÓSTOMO. ¿Podría Dios ser tan cruel, que hunda en una

desesperación inútil a los que más le aman?: el dolor, la violencia y las terribles muertes por hambre, por suplicio o peste de los niños, si nadie puede merecer por otro ¿qué sentido tienen? (*Pausa.*) Dadme una respuesta.

P. MARTÍN. Lo ignoro.

P. CRISÓSTOMO. Puedo aceptar que durante generaciones y generaciones el Mal prevalezca sobre el Bien. Pero que el sacrificio de los inocentes sea inútil, es más de lo soportable.

P. EULOGIO. La Iglesia dice que sí. El mismo Papa ha dicho recientemente...

P. MARTÍN. ¡El Papa es el Anticristo...! (*Sensación, exclamaciones de repulsa. A gritos.*) ¡Todo aquel que se sirve de Dios para ejercer la maldad y sembrar la confusión es el Anticristo...!

P. GENERAL. (*Poniéndose en pie.*) ¡Basta de confusión!; ¡el Anticristo sois vos!

(*Y sale; tras él todos menos el P. BUCER, el P. MELANCHTON, el P. CRISÓSTOMO y el P. LUCAS.*)

P. MARTÍN. La palabra de Dios no corresponde a la interpretación que el Papa quiere darle: él es el único responsable del confusionismo en que el mundo se ahoga. «Setenta veces siete cae el justo»; lo dice la Biblia. La naturaleza humana está fracasada desde el punto de su nacimiento. Sólo Dios puede redimirnos; el hombre es sólo el ejercicio de una libertad, que, fatalmente, se destruye a sí misma; y sólo se salva negándose por la fe.

P. LUCAS. Defendéis lo que hace un año atacabais; ¿no os abre los ojos esta variación continua?; ¿podría la verdad cambiar de signo y de color cada día, cada año?

P. MARTÍN. Los conducidos por el espíritu de Dios son flexibles de sentido y de opinión y son llevados milagrosamente por la diestra de Dios allí donde no quieren ir.

P. LUCAS. Hace dos meses escribisteis al Elector Federico. (*Le muestra la carta; lee.*) «Vos lo sabéis, y si no, yo os lo digo». «El Evangelio no es de los hombres, sino únicamente del Cielo, y el hombre lo recibe.»

P. MARTÍN. Sí.

P. LUCAS. Pero según vuestra doctrina (*Lee en otros papeles.*) «tan sólo debemos sujetarnos al dictado de nuestra propia conciencia».

P. MARTÍN. Cierto.

P. LUCAS. Pero escribisteis al Elector: «Lo sabéis, y si no, yo os lo digo»; es decir: sois libre de pensar en contra de los dictados de Roma; pero debéis actuar del modo que «yo» os dicto; ¿pretendéis edificar una doctrina sobre una base que en sí misma se contradice?

MARTÍN. No predico una doctrina, sino la palabra de Dios. Conocíais y aceptabais desde hace mucho tiempo mis palabras. Os volvéis contra mí por miedo. Esperabais que yo tendiera un puente entre vuestras conciencias y vuestros intereses. No lo he hecho. No es mi doctrina puente ni cobijo, sino ruptura y combate. No ofrezco seguridades, sino dudas. Rechazáis mi camino no por falso, sino por peligroso y difícil. Hubiera podido eludir la cuestión, aplazarla. La Iglesia sabe de esto. Pero he preferido que me vierais como soy: aunque deba perderos como discípulos y amigos y ganáros como contradictorios y enemigos. (*Señalando a...*) ¡Como a ellos!

P. MELANCTON. Nosotros estamos a vuestro lado.

P. MARTÍN. ¿Hasta cuándo? (*Con tristeza.*) Mis amigos son... los príncipes, porque quieren independizarse de Roma; los comerciantes, que con la pérdida de la autoridad, primero de Roma y con el tiempo de los príncipes, esperan librarse de los impuestos; los campesinos, que por hacerles mi doctrina iguales ante Dios confían extender algún día esa igualdad entre los hombres para

quedarse con las tierras de los señores. Yo soy el pretexto. Vosotros no encontráis mis respuestas adecuadas a vuestros fines: la seguridad del cielo. Por eso aquí os obstináis ahora en defender la misma ceguera de Roma que combatíais ayer. (*Aferrándose al P. CRISÓSTOMO, que ha permanecido sentado, rígido.*) A través de tus párpados de piedra ¿no ves ya el resplandor de esta nueva luz? (*A los demás.*) Roma no puede verlo, pero... (*El P. MARTÍN no puede verlo -está de espaldas ahora-, pero los demás sí: el P. CRISÓSTOMO está inclinándose, como dormido, a punto de caer*) ella aprieta los párpados voluntariamente. (*Todos acuden.*) ¡Es la suya una ceguera maldita!

(*El P. CRISÓSTOMO ha caído al suelo. Su báculo produce un ruido seco. P. STAUPITZ. Un grito.*)

P. BUCER. ¡Ha muerto...!

(*El P. STAUPITZ recoge el frasco. Lo huele. Comprende. Han entrado varios monjes que miran atónitos.*)

P. STAUPITZ. Yo os hago responsable de su muerte.

P. LUCAS. ¿Qué dirá Roma cuando se entere? (*Alucinado, aterrado, al P. MARTÍN. Llorando a gritos.*) ¿Queréis desesperarnos a todos?

ESCENA SÉPTIMA

(*Bajo un foco de luz blanquísimo LEON X. Dos maestros de ceremonias le están vistiendo de gran pontifical. Varios camarlengos traen las ropas litúrgicas en bandeja de plata: el pectoral, la mitra, etc. Uno de ellos sostiene el báculo. Maestros de ceremonias y camarlengos visten los distintos hábitos de las órdenes religiosas de la época. Pero los colores dominantes son el blanco y oro de los fabulosos ornamentos papales. Y las cuatro manchas rojas, gigantescas, de las capas de los*

cardenales ALEANDRO, CARACCIOLO, JULIO DE MEDICIS y ALBERTO, que comienzan hablando de rodillas y luego van y vienen como gigantescas llamaradas en torno a LEON X.)

ALBERTO. ¡Nooo...! ¡La excomuni3n no, al menos...!

JULIO. Pero sus seguidores aumentan. No podemos prostituir la doctrina por consideraciones pol3ticas.

CARACCIOLO. Aun siendo lo m3s importante, no debemos considerar s3lo lo concerniente a la pura doctrina. El Emperador Maximiliano es ya muy viejo y est3 enfermo. Morir3 pronto. Y habr3 de elegirse nuevo Emperador. Necesitamos el voto del Elector Federico para que triunfe Carlos, nuestro candidato, y Federico protege a Lutero.

JULIO. El Emperador Maximiliano puede tardar en morir; y, entretanto, ese monje ap3stata seguir3 libre y su doctrina se extender3 a3n m3s. ¡Excomuni3n!

ALEANDRO. No es el momento oportuno: Inglaterra, Francia, Venecia, el mundo entero est3 cada d3a m3s desligado de Roma. Y Alemania m3s: el pueblo... nos odia.

JULIO. (*Escandalizado.*) ¿Odia?

ALBERTO. (*Abriendo un pergamino.*) Uno de los mil que cada d3a aparecen clavados en plazas, puertas de iglesias y mercados de toda Alemania. (*Leyendo.*) «Nombran nuestros cardenales, consagran a los pr3ncipes que nos oprimen; protegen a los banqueros que nos explotan; se mezclan en nuestra pol3tica y son 3rbitros no s3lo de nuestras conciencias, sino de nuestras bolsas.»

JULIO. Hay motivos poderosos por los que, a veces, cualquiera que est3 en el poder se ve obligado a cerrar los ojos ante algunas injusticias.

CARACCIOLO. Pero ellos no son pol3ticos profesionales. No conocen los secretos hilos que mueven la historia. No comprenden

que es preciso que Roma esté con todos, porque todos tienen poderosas razones y sería injusto inclinarse de un solo lado. Por eso hay que obrar aún con más cautela.

JULIO. ¿Aceptar?

CARACCIOLO. (*Negando.*) Ni repudiar: como si no existiera.

JULIO. Pero llama a Roma... «Babilonia», «la gran ramera».

ALBERTO. O deslindamos los insultos de las ideas, y los comportamiento de las doctrinas o... nos lleva a su terreno. Obremos con serenidad y astucia.

JULIO. Excomuni3n ahora. Actuemos seg3n las normas legales.

ALEANDRO. Lo legal es, en cada momento, lo que dicta el inter3s com3n.

CARACCIOLO. No somos 3nicamente pol3ticos. Pese a todas las contradicciones a que los problemas de cada d3a nos obligan, no debemos jam3s perder de vista que aunque los detalles de procedimiento no son la m3dula de nuestro ordenamiento jur3dico, o los respetamos o 3c3mo exigir a lo dem3s -el Emperador, los pr3ncipes- que los respeten?

JULIO. 3Prefer3s el cisma? (*Conmoci3n. LEON X hace un gesto: dejan de vestirle.*) 3S3! 3El cisma!

ALEANDRO. Lutero no quiere el cisma. Lo ha dicho expresamente.

JULIO. Precisamente porque quiere permanecer dentro de la Iglesia, la har3 estallar. No acepta ser un brazo podrido; sabe que hemos cortado muchos. Es un tumor maligno que nos ha brotado (*Se3ala la frente.*) aqu3. Y desde aqu3 nos combate.

CARACCIOLO. Debe ser destruido. De acuerdo, pero no sin proceso. Eso jam3s.

JULIO. Pues bien, traedle a Roma. (*Tensi3n; victorioso.*) No vendr3; lo sab3is.

ALEANDRO. Yo iré a hablar con él: le convenceré.

ALBERTO. Pero ¿quién convencerá a Federico y los príncipes alemanes? No: exigirán que el proceso se celebre en Alemania.

JULIO. Allí, tanto sea Lutero condenado o absuelto habrán logrado el éxito político. ¿Proceso? Bien. Pero en Roma. O excomuniación fulminante.

ALBERTO. Alemania arde: basílicas, cancillerías, plazas, campos, todo es fuego, discusiones, peleas. Una bula condenatoria sería el comienzo de una guerra inútil.

JULIO. No si por ella los espíritus se libran del error. ¿No hemos purificado en la hoguera miles de herejes?

ALEANDRO. Aquí morirán millones, y no por un error doctrinal. Lutero, sí. Pero los príncipes no lucharán por defender sus ideas, sino contra la opresión de Roma. Y el pueblo, contra la tiranía de los príncipes. ¡Condenar a Lutero en nombre de la doctrina servirá otros intereses! ¡Lutero es ya sólo un pretexto!

CARACCIOLO. Serenidad, diálogo, procedimiento. Pero todo suavemente. Lentitud. En medio de un mundo perfectamente estructurado, no hay idea ni doctrina nueva que resista un largo proceso. El tiempo, la rutina, la complicación del procedimiento, desgastan, diluyen, borran. Más cercad a esa misma idea o doctrina con muros de espadas y los ejércitos seguirán luchando mucho después de que la idea o doctrina por la que todo comenzó haya sido olvidada. Cada hombre, cada pueblo lleva en sí mil cadáveres de ideas y de sueños que no le impiden vivir; más poned un muerto verdadero, el de su mujer o el de sus hijos o una guerra, y el curso de su vida quedará marcado para siempre.

ALBERTO. Y eso... en cuanto al pueblo. Que para los nobles sería la gran ocasión, el pretexto exacto para desvincularse de nosotros de una vez por todas: su sueño.

CARACCIOLO. Jamás, eso... jamás.

ALBERTO. Lo gritan.

CARACCIOLO. No morderán. Tienen problemas internos: campesinos rebeldes, bandoleros con pretensiones legales, ¿qué sería de ellos si la Iglesia no condenara esas rebeliones? Sus propios súbditos les colgarían de sus almenas y dormirían en sus camas en menos de un año. Y lo saben.

ALEANDRO. Si nosotros queremos sobrevivir, debemos mantenerles en sus puestos. También lo saben.

(Música: LEON X es sacado en la Silla Gestatoria. Tras él salen ALEANDRO y ALBERTO. Quedan solos, de rodillas, JULIO y CARACCIOLO. Durante el resto de la escena se oye música de órgano.)

(Entran criados que les ayudan a quitarse las ropas de gran ceremonia; mientras...)

JULIO. Lo más astuto ciertamente sería hacer nosotros mismos la reforma de Lutero.

CARACCIOLO. ¡Qué locura...!

JULIO. Lógica. Malo es que se le haya ocurrido la idea, pero sería catastrófico si permitiéramos que él mismo la pusiera en práctica. Sólo si somos quienes lo cambiamos todo, lograremos que todo siga igual. Sé que ahora esto no es posible. ¿Por qué no elegir para vencer a Lutero el único campo de batalla que nadie imaginaría, su propia conciencia? Sé que está en lucha consigo mismo. Confiémosle. Más: estimulémosle. Está desconcertado, en el límite de su resistencia. Hagámosle creer que Roma le comprende. Está atrapado.

CARACCIOLO. Ingeniosa guerra. Pero no podemos arriesgarnos a perderla. Menos aún a hacer de él un mártir. Vivimos de los que nos hicieron. Además, ese Lutero es demasiado inteligente y culto como para destruirse a sí mismo.

JULIO. ¡Ojalá! Qué fácil sería todo. Argumento primero, argumento segundo. (*Se oyen campanas.*) Los mejores teólogos del mundo están de nuestro lado. Somos nosotros. Ni uno solo de sus argumentos resistiría a una hábil controversia. No inteligente, ni culto, es... ¡fuego! Un volcán de palabras, una mezcla de verdades a medias, de poesía y de... ¡sinceridad! Sí; aunque parezca increíble... es sincero. Y, encima, no se vende. Todos han intentado comprarle. ¡Hemos!

(*Van entrando camarlengos y Maestros de ceremonias, que comienzan a vestir a JULIO con ropas blancas de gran pontifical, mientras, él, indiferente a todo continúa...*)

JULIO. Y a los más altos precios. Los príncipes le han ofrecido las más altas dignidades; los banqueros, dinero; nosotros..., el perdón; el pueblo, el precio más irresistible: su fe ciega en él. Se niega a venderse. Duda. Y en voz alta refuta hoy, lo que ayer afirmaba. Proclama que está en búsqueda perpetua ni él mismo sabe de qué. Sin advertir que su hallazgo es precisamente la búsqueda de la verdad por medio de la duda.

CARACCIOLO. (*Atónito.*) ¿Ya no hay un único Martín Lutero...?

(*Golpe de trompetas. Entra LEON X seguido de toda la corte papal. Desde lo alto de la Silla Gestatoria hace un gesto; silencio total.*)

LEON X. (*Solemne, ritual.*) Yo, León X, muero en 1521 y soy sucedido por Julio de Médicis, que sube al trono pontificio en 1525 con el nombre de Clemente VII.

(*Música de órgano y coros. LEON X baja de la Silla Gestatoria y sube a ella JULIO -ya CLEMENTE VII-. LEON X sale de escena.*)

CLEMENTE VII. (*Firma un pergamino.*) Mantened secreto este edicto hasta que sea elegido el nuevo emperador. (*Entregándole el pergamino a ALBERTO.*) Sólo entonces, y si vierais que el error sigue extendiéndose, hágase público. (*Y va saliendo.*)

(*ALEANDRO desenrolla el pergamino.*)

ALEANDRO. (*Atónito.*) La bula de excomuni3n... contra Mart3n Lutero.

(*Entra el sonido -como una ola gigante- m3sica de 3rgano y gran coro; s3lo una r3faga. Oscuro.*)

ESCENA OCTAVA

(*PALACIO DEL ELECTOR.*)

(*Se est3 celebrando un suntuoso banquete. Entre los invitados est3n JACOBO F3CAR, su hijo MIGUEL, CLOTILDE y el caballero WARTZ.*)

(*Acaban de retirarse los c3micos que han representado el «Auto de la herej3a», escena suprimida en esta versi3n. Entran y salen criados con bandejas. Pajes escancian vinos en c3lices de oro; m3sica. Varias parejas treznan un baile cortesano. De pronto el Elector FEDERICO corre hacia su trono, se sube a 3l y grita.*)

FEDERICO. (*En pie, alzando su copa.*) ¡Por el Emperador...!

INVITADOS. (*En pie, alzando sus copas.*) ¡Por el Emperador...!

FEDERICO. ¡Porque la diñe esta misma noche... !

(*Todos r3en y beben. Sigue el baile. FEDERICO baila con MARGARITA, vestida de gran dama. El caballero WARTZ con CLOTILDE.*)

JACOBO. (*A MIGUEL, señalando a ELENA.*) Divi3rtete.

MIGUEL. No.

JACOBO. Te encuentro cambiado, hijo. ¿Qu3 te ocurre?

(*Pero Miguel mira hacia lo alto de la rampa donde acaba de aparecer ALEANDRO con ropas de viaje. Desciende. Le ven todos. Cesa la m3sica. Se inclinan. Besamanos. Mientras...*)

FEDERICO. Aleandro, ¿qué ha ocurrido para que Roma me envíe a su más alto emisario?

ALEANDRO. «Pax vobiscum».

FEDERICO. Gracias. ¿Sabéis la buena nueva? El Emperador Maximiliano agoniza.

ALEANDRO. (*Irónico.*) Y... le estáis llorando.

FEDERICO. ¿La fiesta? El remate de un negocio: acabo de venderle (*Por JACOBO.*) todas mis cosechas por tres años, intentaba, ahora, venderle alguna de mis reliquias. Quizá vos compréis también. (*Hace un gesto; entran criados con arquetas, mientras...*)

ALEANDRO. Hola, Jacobo.

CLOTILDE. ¿Eminencia ...?

ALEANDRO. (*Por MIGUEL, que se inclina.*) ¿Quién es?

JACOBO. Mi hijo.

MIGUEL. Y vuestro... servidor.

WARTZ. (*Inclinándose.*) Wartz.

ALEANDRO. ¿El... bandido?

WARTZ. El... soñador, Eminencia.

FEDERICO. (*Abriendo las arquetas.*) Las más fabulosas reliquias de la cristiandad. (*Mostrando un relicario.*) Ved qué hermoso pañal. Del Niño Jesús. (*Muestra otro relicario.*) Dos briznas de paja del pesebre.

ALEANDRO. ¿Realmente os queréis desprender de ellas?

FEDERICO. Necesito dinero. Mucho. (*Riendo.*) ¿No adivináis para qué? (*Por otro relicario.*) Ved: dos cabellos de la Virgen... (*Lo mismo.*) Fragmentos de los clavos de la pasión. ¿Los veis? (*Hace rodar los fragmentos en el interior del relicario.*) ¡Son tan pequeños! Pero... ¡no los había más grandes en el mercado!

ALEANDRO. Hay quien afirma que esas reliquias no son más que un tinglado para atraer hacia vuestra bolsa -peregrinos, hospedajes, tiendas de recuerdos- el dinero del mundo entero.

FEDERICO. Con gran indignación de Roma. Ah, la competencia. Pierdo. Roma sabe más que yo de esto. Empezó antes. ¿Qué negocio habéis venido a proponerme? No se hace todos los días un viaje tan largo. Roma está lejos... aunque pared con pared de mi corazón.

ALEANDRO. (*Una pausa.*) Martín Lutero.

FEDERICO. ¿También? (*Ríe.*)

JACOBO. Disculpadme. Debo partir. (*A MIGUEL.*) Adiós, hijo.

FEDERICO. Acompañadlo; nosotros... (*Por ALEANDRO.*) debemos hablar de negocios.

(*Reverencias. Salen JACOBO, MIGUEL y CLOTILDE; detrás todos, menos ALEANDRO y FEDERICO.*)

ALEANDRO. Se diría que huye. ¿De quién de los dos?

FEDERICO. Quizá de... Martín Lutero. Vino a comprarme su cabeza. ¿Vos también?

ALEANDRO. Tan sólo su... silencio.

FEDERICO. Eso es otra cosa. Debe callar. No quiere. Hay que obligarle. Roma no puede. Yo sí. ¿Cuánto?

ALEANDRO. No se trata sólo de silencio, sino también, y antes, de retractación.

FEDERICO. El doble. (*A un criado.*) Que venga el Padre Martín. (*Sale el criado.*) Ofreced.

ALEANDRO. Nuestra más alta distinción: la Rosa de Oro.

ALEANDRO. Pero... ¡si ya la tengo! (*Y muestra el collar; el perro gruñe.*) ¡Tres...!

ALEANDRO. La recaudación bruta de un nueva indulgencia que haríais predicar en vuestros territorios.

FEDERICO. (*Toca madera.*) ¿Con todo el lío que...? ¡Ja! ¡No me interesa una liquidación por derribo...!

ALEANDRO. Leed esto.

FEDERICO. (*Por el pergamino que ALEANDRO le tiende.*) ¿Un mensaje del Papa? (*Leyendo.*) «Roma, 29 de agosto. Sin discutir, que se retracte. Si acepta, gracia. Si persiste, sea detenido y traído a Roma. Si huye se le excomulgará y los príncipes deberán entregarle. Yo...» ¡No...! ¿Y encima me hace responsable del envío? (*Ríe.*)

ALEANDRO. Vive en vuestros dominios. A un tiro de piedra de vuestro palacio.

FEDERICO. (*Señalando hacia el público.*) Su convento, ¿veis esa luz?: su celda. Estará estudiando. Estudia incansablemente. No es posible: decídselo a Clemente. ¿Juicio?: negociable. ¿En Roma?: ¡imposible!

ALEANDRO. ¿Por qué?

FEDERICO. Nuestras leyes ordenan que todo alemán sea juzgado en Alemania.

ALEANDRO. ¿Dudáis de la imparcialidad de Roma?

FEDERICO. Claro. Además...

ALEANDRO. (*Jugando la última carta.*) Hablemos del Emperador.

FEDERICO. Al fin entráis en materia: la elección del futuro Emperador.

ALEANDRO. Sois bien visto por Roma.

FEDERICO. Por eliminación: de tres males: Carlos, Francisco y yo, yo soy el menos cínico, más razonable y débil: el ideal para Roma. (*Le mira fijamente.*) No seré yo; Carlos es joven; por tanto,

inexperto, de familia rica y está, en España, al borde de la guerra civil: el ideal para el cargo (*Sacando de una arqueta una fabulosa corona de emperador.*) Es mi regalo para Carlos..., porque Carlos será el Emperador. ¡Es el candidato de Roma! ¿Lo... es? (*Le arroja la corona, que ALEANDRO recoge en el aire a duras penas.*) O quizá... ¿lo era? (*El cardenal ALEANDRO mira la corona y luego, estupefacto, al Elector.*) Id a Roma y decidle el precio que pido por Martín Lutero.

ALEANDRO. El Emperador Maximiliano ha muerto.

FEDERICO. ¿Cuándo?

ALEANDRO. Hace seis días. Carlos está siendo coronado Emperador en este momento.

(*A FEDERICO se le cae la corona de las manos.*)

FEDERICO. ¡Lo sabía...!

ALEANDRO. ¿Quién...?

FEDERICO. Jacobo. Y que vos traíais la noticia. Por eso...; lo sabe todo antes que nadie. Pero ¡tanto retraso...! Habrá comprado a mis correos. (*Arroja la arqueta con dinero.*) Idiota; seis cosechas vendidas por la décima parte de su precio; y cuando ya no lo necesito. Me creo... (*Se agiganta.*) Y no soy más que un ratón juguete de...

(*Entran el P. MARTÍN y el P. STAUPITZ.*)

FEDERICO. (*La corona entre las manos.*) Tendré que desmontarla y venderla. (*Entran los invitados, entre ellos MIGUEL.*) ¡Qué tres inviernos pasarán mis campesinos! (*Al P. MARTÍN.*) Comprendedme: Roma sola... aún; pero... ¡encima el Emperador! ¡España...!: es... mi cabeza. (*A ALEANDRO.*) Habrá juicio, pero... (*Gira la bola del mundo.*) en cualquier lugar del mundo menos Roma. Elegid. (*A sus invitados.*) ¡El Emperador Maximiliano ha muerto...! ¡Viva el... (*en tensión.*) nuevo Emperador... Carlos!

(MIGUEL hace un discreto pero intenso saludo al P. STAUPITZ.)
¡Redoblen a muerto todas las campanas del reino! Seis días de luto nacional. (Se sienta.) El viejo puerco tendrá sus funerales. (Se oyen campanas.)

ALEANDRO. ¿Ni un «Te Deum» por Carlos?

FEDERICO. Por supuesto. Ahora. Y oficiado por vos. ¿Habéis elegido?

ALEANDRO. (Parando el giro de la gran bola del mundo con un dedo. Lee.) ¡Worms...! (Y sale; detrás, todos los invitados menos MIGUEL.)

FEDERICO. (Saliendo al P. MARTÍN.) Ya habéis oído dónde será el juicio.

MIGUEL. (En tensión, pero conteniéndose.) ¿No será una trampa?

FEDERICO. (Con extrañeza.) ¿Te importaría?

MIGUEL. Fui, aunque por poco tiempo, alumno suyo.

FEDERICO. ¡Oh! La época de la universidad terminará para ti pronto. No te molestes por lo que no te importa, hijo. (Y sale.)

MIGUEL. (Arrodillándose ante Lutero.) ¡No vayáis...!

P. STAUPITZ. La trampa está en que se declare en rebeldía.

MIGUEL. El resultado será el mismo en Worms que en Roma, pues ella elegirá los jueces.

P. STAUPITZ. Debe aún estudiar, prepararse, meditar...

MIGUEL. Los campesinos están inquietos pero indecisos. Uníos a ellos. Sed su caudillo. Dad la señal de ataque. Os llaman... «padre de la patria» y «Papa de la nueva Iglesia». Tomad el mando. Armas y dinero no os faltarán.

P. MARTÍN. (En lucha.) No correré el riesgo de un paso en falso. He dado ya demasiados.

(*Se oyen voces fuera cantando el «Te Deum».*)

MIGUEL. (*Definitivo.*) Lo tengo todo y lo sacrifico. Y hay muchos como yo a los que vuestra palabra inició en la verdad. «Ve; vende cuanto tengas y sígueme.» Lo estoy haciendo. Más. Pero yo, en último término, corro poco riesgo haga lo que haga. Pero ¿y Muntzer y sus campesinos? ¡No podéis dejarlos solos!

P. MARTÍN. Nunca estuve con ellos.

MIGUEL. (*Entregándole unos papeles.*) Leed.

P. STAUPITZ. (*Leyendo.*) «Lutero es el hombre que esperábamos.»

P. MARTÍN. Arengas, libelos. El pueblo está confuso y cada grupo quiere llevar el agua a su molino.

MIGUEL. ¡No!: es la voluntad del pueblo. Por miles se están repartiendo proclamas por todo el país. Tomad el mando.

P. MARTÍN. ¡Debo ir a Worms...!

MIGUEL. ¡Por orden del Papa! Y el proceso le presidirá el Emperador, que no es más que un títere en manos de Roma, a la que debe el puesto. ¡No vais a un juicio, sino a vuestra ejecución...!

P. MARTÍN. Muera yo, pero viva eternamente en todos el espíritu que alienta en mí. Worms será la catedral del mundo. Subiré a su púlpito. Estoy dispuesto a todo porque se conozca la verdad.

P. STAUPITZ. ¿La hoguera... incluida? (*El P. MARTÍN se estremece.*) Pensad en Alemania. Encended antes aquí la llama: ya se extenderá. Partidarios os sobrarán: altas jerarquías eclesiásticas, burgueses, nobles, todos los que en Alemania...

MIGUEL. A éstos les importa su nombre, no su doctrina. Y lo utilizarán para sus propios intereses. Conozco el paño. No. Y, por Dios, ¡dejad de pensar sólo en los problemas de Alemania! La meta es... toda la civilización cristiana. Si vais a Worms abjuréis.

P. MARTÍN. Eso no... ¡Jamás!

MIGUEL. La resistencia de un hombre tiene límites conocidos ante la tortura.

P. MARTÍN. (*Temblando.*) Si sucediera... decid al pueblo que los papistas me obligaron; desde aquí los hago responsables.

P. MELANCHTON. Cuando Cristo murió sus discípulos recorrieron el mundo predicando su doctrina.

MIGUEL. Pero él no tiene aún una doctrina. (*Le aferra.*) Si muriese ahora todo habría sido inútil.

P. MELANCHTON. (*Cayendo de rodillas.*) ...menos cada día. (*Desesperado.*) Habéis abierto un camino, pero... ¡desemboca en tantos!

P. STAUPITZ. (*Escupiendo la palabra.*) ¡Judas...!

P. MELANCHTON. (*Con rencor.*) ¡Decídselo...! (*Y sale.*)

P. STAUPITZ. No. (*Vencido.*) El Elector me ha dado a entender... (*Entra JACOBO FÚCAR; queda escuchando sin ser visto.*)

P. STAUPITZ. ... Que si os negáis a ir peligraría la seguridad del convento.

MIGUEL. Otro ultimátum. ¡Dadles el vuestro...!

P. MARTÍN. No he predicado la palabra para echar leña al odio de los príncipes contra Roma y alzarme como bandera de sus intereses.

MIGUEL. ¡Cobardes, egoístas...!

P. MARTÍN. (*Negando.*) Quedarme sería optar por el silencio, abandonar la batalla fundamental: la de las ideas.

MIGUEL. Roma, el Emperador, mi padre... entienden un lenguaje. (*Y clava su espada en el suelo.*) ¡Este...!

P. MARTÍN. Cristo no usó la violencia. Yo tampoco.

MIGUEL. La violencia se ejerce desde el poder constituido.

P. MARTÍN. Por la palabra, no por las espadas, serán vencidos sus crímenes. (*Se arrodilla.*)

(*Se oyen gritos que se acercan.*)

MIGUEL. ¿Aún confiáis en Federico? ¡Soñador! (*De rodillas, a su lado.*) ¿No comprendéis que para él no sois más que una baza política en el juego cambiante del poder?

MARTÍN. (*Grita.*) ¡No es en él en quien confío! (*Le mira intensamente.*) ¡Ni siquiera en vos...!

MIGUEL. Entonces, ¿en quién?

P. MARTÍN. En Dios... y... ¡en el pueblo! (*Las voces, más cerca y más fuertes.*)

P. MARTÍN. ¡Oídle! ¡Me aclama...!

(*Se oyen voces que gritan: « ¡Lutero, traidor! », « ¡A la hoguera...! ».*)

P. MARTÍN. No puedo creer... ¡Oh! ¡Dios mío! (*Entra el P. BUCER.*)

P. STAUPITZ. ¿Qué está ocurriendo?

P. BUCER. Grupos de gente recorren las calles y se dirigen hacia aquí. (*Con rencor.*) Ha corrido la voz de que (*Al P. MARTÍN*) os vais. (*JACOBO FÚCAR avanza un paso.*) A Worms, ¿es cierto?

P. MARTÍN. Sí, a defender mis ideas.

MIGUEL. ¿Y sus vidas?, ¿quién las protegerá?

P. BUCER. Han encendido hogueras y arrojan a ellas vuestros libros: se sienten traicionados.

P. STAUPITZ. El pueblo es un niño ciego.

P. BUCER. (*En un grito: con reproche terrible.*) Algún día se harán hombres y verán.

MIGUEL. ¡Ahora!; ¡ahora!; ¡ahora...!

P. MARTÍN. Pero ¿cómo han podido pensar que yo...?

MIGUEL. ¿Pensar? Pero si ni imaginan que pueden hacerlo. Rebotar de un miedo a otro miedo: ese ha sido su destino durante siglos y lo seguirá siendo durante milenios si no ponemos remedio. ¡Por Cristo! Es el momento. Aquí y ahora o nunca será posible ya, nunca, nunca... (*En pie; desesperado.*) Buscaba la verdad: la encontré; (*Inicia salida.*) o mejor... creí haberla encontrado. (*Se topa con su padre.*)

JACOBO. (*Frío hermético.*) Siempre la has tenido; desde antes de ser engendrado: la única verdad por lo que el mundo ha andado, anda y andará para siempre revuelto; (*Arranca la espada.*) ¡el dinero, imbécil, el dinero...! (*Glacial.*) A muerte.

(*El P. MARTÍN, solo, traicionado por sus discípulos, superior, por... todos avanza hacia el fondo, hacia el gran ventanal por el que entra un resplandor rojo y se oyen las voces del pueblo que gritan: «¡Hereje...! ¡A la hoguera...! »; Entran el ELECTOR, ALEANDRO e invitados.*)

MIGUEL. (*En terrible tensión, jugando la última baza.*) El Emperador, la Iglesia, el pueblo. Incluso él (*Por JACOBO.*) ¡todos en contra vuestra!; ¿os atreveréis a ir a Worms?

P. MARTÍN. ¡Sí! (*Alucinado.*) ¡Iré! (*Le sobreviene un ataque epiléptico.*) ¡Iré...!; ¡iré...!

(*Todos le miran retorcerse en silencio litúrgico. El P. MARTÍN aúlla, aúlla, aúlla. Nadie se acerca a él. Estallan de nuevo los gritos del pueblo. Y todos se van apartando del P. MARTÍN, en semicírculo, como de un perro apestado y, de pronto, gritan alucinados, convulsos, contagiados.*)

(*Oscuro: y fin del primer acto.*)

ACTO SEGUNDO

 ESCENA PRIMERA

(DIETA DE WORMS)

(Un doble graderío de sitials góticos de una solemne sencillez. En el sector donde se sientan los eclesiásticos están ALEANDRO, ALBERTO, CARACCIOLO y TETZEL como ayudante suyo. Y otros. En el sector de la nobleza el Elector FEDERICO y otros dos Electores. En sector de la alta burguesía están MIGUEL, JACOBO, el BURGOMAESTRE de Wittenberg y otros.)

(Casi en el proscenio dos mesas. En una escribanos. En la otra el P. BUCER, el P. STAUPITZ y el P. MELANCHTON, como ayudantes y consultores. Hay profusión de libros y papeles en esta mesa como en todas partes. En el centro de la escena, solo, en pie, ante la barandilla el P. MARTÍN. Al fondo en el centro el gran trono del Emperador, vacío; otros asientos también vacíos. Estamos al final de una larga y agotadora sesión de trabajo. Hay una mezcla de trajes sencillos y de gran ceremonia. Empieza a atardecer.)

P. MARTÍN. *(Agotado ya.)* ¡Sí, sí! ¡Libertad! Yo he sido el primero y el único en pedirla. *(Escándalo.)* ¡Por eso queréis destruirme!

CARACCIOLO. ¡Mentira! La Iglesia ha pedido ya en varios Concilios la libertad de espíritu

P. MARTÍN. Palabras y letra muerta. *(Escándalo.)*

CARACCIOLO. Desde hace más de un año Erasmo y sus discípulos piden esa libertad. Pero con modos, por los cauces precisos. No en las plazas, no a gritos.

P. MARTÍN. Es que yo pido la libertad de conciencia para todos. También, sí, para el pueblo. No como Erasmo para un puñado de intelectuales solamente. Por eso no cuchicheo en círculos de iniciados -cómplices, agazapados, comerciantes del «digo pero no hago»- sino que alzo mi voz en los mercados.

TETZEL. Mientras predicasteis contra la corrupción de las costumbres el mismo Papa seguía con interés vuestra labor. (*Con gran dulzura.*) ¿Por qué atacasteis, luego, la doctrina?

P. MARTÍN. (*Temblando; al parecer, de cólera.*) Cuando comprendí que todo el mal nace de una teología que reduce la fe a un sistema de ritos, y a la justificación y sostenimiento de poderes tiránicos.

CARACCIOLO. (*A su lado: viendo cómo su mano extendida tiembla.*) ¿Fiebre?

P. MARTÍN. (*Los ojos cerrados; niega con la cabeza.*) Miedo.

CARACCIOLO. Eso es sano.

ALBERTO. (*Mostrándole un libro.*) ¿Qué es esto?

P. MARTÍN. Una Biblia; (*La reconoce.*) la... mía.

ALBERTO. (*Dándosela.*) ¿Cuándo la comprasteis?

P. MARTÍN. La recibí, como todos los monjes, al entrar en el noviciado.

TETZEL. (*Leyendo un papel.*) «La Iglesia desconoce la Biblia e impide la lectura de la Biblia».

ALBERTO. De vuestro puño y letra.

P. MARTÍN. Dejar leer un libro, sin dar a conocer sus verdaderas claves, sino otras falsas, es mucho peor que mantenerlo en la ignorancia. No acusé a la Iglesia de ignorancia de la Biblia, sino de malicia al enseñarla.

CARACCIOLO. (*Rápido.*) Y de no hablar más que del Dios del Terror. ¿Cierto?

P. MARTÍN. Sí.

(*Entra un camarlengo que habla al oído a los P. BUCER, STAUPITZ y MELANCHTON. Los tres se ponen en pie. El P. STAUPITZ y el camarlengo salen, todo esto mientras...*)

CARACCIOLO. Cada día durante años (*Abriendo un libro.*) ¿no habéis leído en vuestro libro de oraciones: (*Leyendo.*) «Dios, a los que, esperan en Ti, muéstrate no airado, sino misericordioso?» (*Y cierra el libro de golpe.*)

P. MARTÍN. Pero ¿qué se respira en el aire? (*Señalando el gran mural.*) ¿Qué veis en este cuadro? Como en todos Dios es presentado no como un Padre, sino como Aterrador Justiciero. (*Señalando.*) Batallones de ángeles infernales; llamas. (*Tocando las figuras con los brazos extendidos.*) En todas partes, la misma escena: los horrores del Juicio Final se multiplican hasta lo infinito. (*Con voz crispada, tensa.*) Miradas de espanto de los hombres en perpetua huida del rostro del Padre siempre despidiendo rayos de cólera; si yo mismo, sacerdote y catedrático de teología y leyendo estas palabras cada día, he vivido durante años bajo el terror a la venganza divina, ¿qué sentirá el pueblo?

CARACCIOLO. Y sin embargo habéis escrito... (*Hace a TETZEL un gesto.*)

TETZEL. (*Leyendo.*) «No hay que predicar lo mismo a todos ni del mismo modo». ¿Habéis escrito vos esto?

P. MARTÍN. Sí.

(*Entra el P. STAUPITZ acompañando al Padre GENERAL de los agustinos y al P. LUCAS: ambos con ropas de viaje. Los tres ocupan sus puestos respectivos tras saludos mudos -reverencias, etc.- con los P. BUCER y MELANCHTON. Todo esto mientras...*)

P. MARTÍN. (*Aceptando.*) Hay temas, como el de la predestinación, que por peligrosos rara vez se exponen, ni aun en las clases de Teología. De ello hablo a mis discípulos con precaución, y lo silencio ante el pueblo.

CARACCIOLO. Pero últimamente habláis de todo ante todos: ¿queréis que os lo demuestre?

P. MARTÍN. (*Atacando.*) Desde que descubrí que no debe buscarse

la paz por la ignorancia, sino afrontar la verdad, cualesquiera que sean sus consecuencias.

CARACCIOLO. ¿En qué texto os apoyáis para defender que (*leyendo.*) «la justicia de Dios es, tan sólo, la que castiga...».

P. MARTÍN. (*Coge un libro. Lo abre y lee.*) «La cólera de Dios, que castiga a los pecadores...» de la «Epístola de los Romanos».

CARACCIOLO. Santo Tomás, San Bernardo y muchos Santos Padres, han interpretado estas palabras -y vos los sabéis- como «justicia que nos justifica, y gracia santificante»; ¡no gratuita justificación por la fe...! Y vos mismo no lo entendíais así aun no hace seis años en vuestras glosas sobre «Las sentencias de Pedro Lombardo».

P. MARTÍN. ¿Habría podido hacerlo de otro modo, entonces?: el principio de autoridad no había sido sustituido aún, por el de la libre interpretación.

TETZEL. (*Lee un escrito.*) «Hubo un tiempo en que busqué en la mortificación mi salvación». (*Muestra el papel.*) De vuestro puño y letra. Y ahora, decís: (*Leyendo otro papel.*) «el hombre nada puede merecer... » ¡Contradicciones y mentiras...!

P. MARTÍN. Cada ser humano encierra en sí, no un hombre, sino mil. De los que yo encierro, y sospecho que son más, conozco sólo dos: el carnal y el orgulloso. Estáis sacando a la luz la lucha que ambos libran en mí desde hace años: contradicciones, sí; mentiras, ¡ni una! Todo lo que he enseñado lo creía de verdad cuando lo decía. Posteriores descubrimientos me han obligado a contradecirme. Más: (*En terrible tensión.*) dos hombres batallan en mí; ya gane uno u otro me dictan contradictoriamente, cada minuto.

CARACCIOLO. ¿Cuándo diréis...: «Ésta es mi verdad»?

P. MARTÍN. Lo ignoro.

CARACCIOLO. ¿Y la seguridad doctrinal que debéis a los que os

siguen?

P. MARTÍN. Jamás prediqué la doctrina de la seguridad en los textos, sino la de la confianza en Dios. No digo: «Esto debéis pensar, y así», sino: «Escuchad al Señor del modo que vuestro espíritu os indique; cada uno a su manera». (*Grita a ALEANDRO.*) Yo os conjuro en el nombre de Dios: ¿creéis que he edificado todo esto con la intención de falsear la verdad?

ALEANDRO. (*En lucha consigo mismo, sin mirarle.*) Admitid conmigo que aun dando por buena la intención los resultados no han podido ser más funestos.

P. MARTÍN. No penséis ahora en la repercusión que mis palabras hayan podido tener, ni cómo un hombre buscando honradamente la verdad puede equivocarse, sino: «¿cómo sabéis que soy yo y no vos, el equivocado?; ¿acaso por revelación divina?».

CARACCIOLO. (*Solemne.*) ¿Os confesáis autor de estos libros?

P. MARTÍN. Responded antes a mi pregunta.

CARACCIOLO. ¿Os retractáis de lo que en ellos habéis escrito?

P. MARTÍN. (*Por los libros.*) No son todos de la misma índole. (*Coge uno.*) Este trata de moral y fe, sin separarse un ápice de la doctrina habitual...

CARACCIOLO. ¿Y estos dos...? (*Los muestra.*)

P. MARTÍN. También: en ellos demuestro con datos precisos la podredumbre del Papado y cómo sus malas enseñanzas y peores ejemplos son hoy la ruina de la cristiandad.

CARACCIOLO. ¿Y estos? (*Muestra otros dos.*) ¿Os retractáis de lo escrito en ellos?

P. MARTÍN. Admito haberme expresado con mayor violencia que la conveniente; pero...

CARACCIOLO. ¿Os retractáis de las doctrinas aquí expuestas?

P. MARTÍN. Demostradme que son erróneas.

CARACCIOLO. No ha lugar discutir cuestiones decididas desde antiguo por los concilios generales. Contestad, lisa y llanamente: ¿Os retractáis o no?

P. MARTÍN. Sí... (*Este sí es afirmativo. Tumulto. Gran sorpresa.*) Si me demostráis que mis teorías son equivocadas, pero tan solo utilizando los textos de las Sagradas Escrituras, no la interpretación que han ido haciendo de esos textos los papas y los concilios.

CARACCIOLO. ¿Por qué?

P. MARTÍN. Porque tanto los papas como los concilios se han equivocado muchísimas veces al interpretar los textos sagrados. (*Escándalo.*)

ALEANDRO. (*A gritos.*) ¿Que un concilio General puede estar sujeto a errores?

P. MARTÍN. Sí, y lo demuestro. (*El escándalo crece.*) ¿Cada uno no ha modificado usos y doctrinas de los anteriores? (*Gritos; algunos se levantan y abandonan la sala, mientras...*) Más aún, todos los concilios no han tenido más objeto que tales modificaciones...

ALEANDRO. ¡Basta!

P. MARTÍN. ...forzados siempre por oportunismos políticos y por intereses. (*Estalla un gran griterío.*)

ALEANDRO. (*Definitivo.*) Es preciso suspender este juicio.

FEDERICO. (*Poniéndose en pie.*) ¡Noo...! (*Todos se inmovilizan. Silencio total. Avanza hacia el P. MARTÍN y dice la frase clave de toda su política.*) ¿Creéis en la necesidad de un concilio general?

ALEANDRO. (*Asustado.*) ¡No ha lugar esa cuestión!

FEDERICO. (*Enfrentándose.*) Es la única que importa; la clave de todo. (*Se hace un gran silencio. Al P. MARTÍN.*) ¿Creéis necesario que para analizar vuestras doctrinas sea convocado un Concilio

Ecuménico?

P. MARTÍN. *(Después de una pausa de gran tensión y sabiendo que su respuesta puede significar la ruptura definitiva y total con Roma.)*
Suplico el plazo de un día para responder a esto. *(Federico mira a Caracciolo.)*

CARACCIOLO. *(Vencido.)* Concedido. *(Tumulto.)*

ALEANDRO. ¡No...! *(Silencio; se acerca al P. MARTÍN. Grita.)* No se cuente conmigo... *(Se tambalea.)* si se insiste en llevar adelante este proceso...

FEDERICO. ¿Al decir «no se cuente conmigo» queréis decir no se cuente con Roma?

ALEANDRO. Sí.

FEDERICO. Pues se hará, con Roma, sin Roma y aun contra Roma.
(Un cañonazo. Rapidísimamente CARACCIOLO avanza hacia el proscenio -se hace oscuro sobre el resto del escenario- y abre un arcón que ha surgido en primer término: estamos en la habitación de CARACCIOLO.)

ESCENA SEGUNDA

(HABITACIÓN DE CARACCIOLO.)

CARACCIOLO. *(Otro cañonazo.)* ¿La revuelta ya? *(Y se dirige a JACOBO FÚCAR que entró junto a él.)*

JACOBO. Los festejos... *(Otro cañonazo.)*

(Entran TETZEL y un criado.)

CARACCIOLO. *(Sacando rollos de pergamino del arcón.)* Entregadlos a los mensajeros. *(Se los da al criado.)* Al galope. Ahora mismo. A todas las ciudades; mañana es día de mercado: que sean leídos

en todas las plazas del país. Estos (*Por otros rollos.*) aquí, esta misma noche. ¡Ahora!

(*Durante este diálogo han caído unas gasas y surgido una gran cama con dosel y un altar. Estamos en la alcoba de CARACCIOLO de cuyo mobiliario forma parte el arcón; el criado ha salido.*)

TETZEL. (*Que ha abierto uno de los pergaminos; atónito.*) ¿La bula de excomunión? Es peligroso: habrá revueltas.

CARACCIOLO. ¿Para quién, peligroso? Los príncipes se verían obligados a ahogar la rebelión. La represión haría cambiar de dirección al viento del odio.

JACOBO. ¡Le están quemando! ¡Asomaos!

CARACCIOLO. ¿A... Lutero? (*Y vuela.*)

JACOBO. Sí: ¡vedlo!

CARACCIOLO. (*Mirando; con desconsuelo.*) En efigie.

JACOBO. Y esta mañana le recibían bajo palio. El pueblo..

TETZEL. (*Sorprendido de que todos lo ignoren.*) Son agentes pagados.

CARACCIOLO. Siempre lo mismo. ¡Qué vergüenza!

TETZEL. Pero si vos mismo me distéis la orden y el dinero...

CARACCIOLO. (*Rabioso.*) ¡Sois tonto de remate...!

TETZEL. (*Viéndolo.*) Está ardiendo la iglesia y el palacio de... (*Aterrado.*) Dios mío, no debí hacerlo.

JACOBO. Por cada tapiz de plata destruido por el fuego, con las mismas manos que arrojan las antorchas se verán obligados a tejer diez de oro. De sus canteras saldrán las piedras para otros mayores. Y de sus casas los brazos que los construirán.

TETZEL. ¿Y los muertos?

JACOBO. El hambre hará aún más fecundos los lechos de sus

mujeres.

CARACCIOLO. Un saltamontes, que encima pretende, ahora, tener ideas.

JACOBO. Os creía el más encarnizado enemigo de Lutero y estáis ya podrido hasta la médula por su doctrina.

TETZEL. (*Defendiéndose.*) Eso no es cierto. (*Buscando apoyo.*) Eminencia...

JACOBO. ¿Le veis?: «Eso no es cierto». Esto de la libertad de pensamiento es... (*Se estremece.*) como una peste, ¿eh?

TETZEL. ¿Pretendéis saber mejor que yo... mis pensamientos?

JACOBO. Ya veis que es inútil matar las ratas en las alcantarillas. El hedor está ya en el aire mismo que respiramos.

ALEANDRO. (*Entrando; apoyado en ALBERTO.*) ¿Por qué? (*Y muestra uno de los pergaminos.*) El Papa dijo: «Sólo si es estrictamente necesario hágase público».

JACOBO. ¡Pide un Concilio!

CARACCIOLO. En las actuales circunstancias ¡el cisma! El Emperador al saberlo dio saltos de alegría. Mañana asistirá a la dieta.

JACOBO. Su intención está clara. La iglesia dividida. Y él... árbitro. Es decir: no sólo la corona, sino, de verdad, ¡el poder...! Sabido esto (*Muestra una bula.*) nadie podrá ya defenderle públicamente, pues sería también excomulgado.

ALEANDRO. ¿Es una amenaza?

CARACCIOLO. El tiempo era, ayer, nuestro aliado; hoy nuestro peor enemigo.

ALEANDRO. (*Solemne; a ALBERTO.*) Os tomo por testigo. Declino toda responsabilidad.

CARACCIOLO. Hacer pública la excomunión de un hereje no es un

crimen sino un deber.

ALBERTO. Pero puede empujar al país a la guerra civil.

CARACCIOLO. Sois alemán...

ALBERTO. (*Firme, desafiante.*) ¡Sí!

JACOBO. La Iglesia, no: es universal.

ALBERTO. (*Frente a JACOBO.*) Será una hermosa guerra. Con suerte quizá dure mil años. Enhorabuena por el negocio.

JACOBO. No os tolero...

ALBERTO. ¿Aun sabiendo que vuestro propio hijo...?

JACOBO. ¿Qué?

ALBERTO. ¿Tanto secreto en torno a... vuestro futuro, tanto amoroso afán por ese hijo y le vais a ejecutar fríamente?

JACOBO. ¿Yo?

ALBERTO. Lo sabéis: es de ellos.

JACOBO. Idealismos de jóvenes: palabrería, sueños.

ALBERTO. ¿Y si de las palabras pasara a los hechos? Y no es el único. Hay más.

JACOBO. Pagará caro quien nos ha dividido.

ALBERTO. Vos.

CARACCIOLO. En algún punto de la ciudad Lutero tiembla. Acabo de saberlo. Se siente perdido sin remedio. Es el momento. Quizá esté ya redactando su adjuración.

ALEANDRO. Hasta Mañana

CARACCIOLO. (*Aferrándole.*) Los ojos de todos estarán fijos en los dos enviados especiales de Roma: (*Suplicante.*) que nos vean unidos.

ALEANDRO. No puedo prestarme a esa coacción; va en contra de mi conciencia.

CARACCIOLO. ¿Debo suspender la caza? ¿Hacer regresar los perros? ¡Prometed que me ayudaréis!

ALEANDRO. (*Niega.*) Sólo puedo prometeros... mi silencio.

CARACCIOLO. Era preciso jugarse el todo por el todo. Terminar con los conciliábulos. La bula partirá el campo en dos frentes irreconciliables, sin opción. O con Roma o contra Roma; ganarlo todo de un golpe.

ALEANDRO. O perderlo. ¿Sabéis que además del Emperador irá vuestro hijo?

JACOBO. ¡Está bien custodiado...! (*Sonríe.*) Imposible.

ALBERTO. (*Con desprecio.*) ¿El futuro?

JACOBO. Ambos.

(*OSCURO.*)

ESCENA TERCERA

(*Inmediatamente una luz vivísima ilumina una gigantesca corona de Emperador. Cuelga del techo a modo de una inmensa lámpara. Debajo está el Emperador Carlos, vestido con todo el resplandor de su majestad. De rodillas ante él, la cabeza casi tocando el suelo, el P. MARTÍN.*)

CARLOS. ¿Dijisteis que únicamente aceptaríais la autorización de un Concilio general? (*Tensión.*) Puede irse la... (*Se para.*) vida... (*Murmullos.*) en la respuesta. (*Murmullos más fuertes.*)

P. MARTÍN. Dispuesto estoy a perderla, antes que aceptar compromisos que mutilen a la libertad cristiana que el hombre adquiere

mediante la fe que justifica.

CARLOS. Responded a mi pregunta.

P. MARTÍN. No soy yo, ni Roma, sino vos quien tiene interés en un Concilio.

(La luz va aumentando. Estamos en la salón de la Dieta. Repleta. Deslumbrante de púrpuras, tiaras y coronas. Soldados guardando las puertas.)

P. MARTÍN. ...para obtener de él apoyo a vuestra política contra el Papa. *(Escándalo.)* Ayer os dio la corona. Hizo de vuestros enemigos y competidores, súbditos. Hoy le atacaréis. Mañana seréis nuevamente su aliado. Y lo mismo con éstos. Y ellos y el Papa hacen lo mismo: quitar y poner personas o estandartes, según el juego de la política, sin importarle a nadie el desconcierto del pueblo.

CARLOS. Os he hecho una pregunta.

P. MARTÍN. Perdonad, pero no puedo permitir que la verdad que predico sirva a los oportunistas. ¡Al precio que deba pagar!

FEDERICO. ¿De dónde nace esta osadía?: ¡hablar así al Emperador...!

P. MARTÍN. Del fuego interior de saberme hijo de Dios. Por eso he gritado y seguiré gritando ante el pueblo los manejos ocultos que, enmascarados en problemas religiosos, no son, en realidad, sino apoyo y asiento de la tiranía. *(Escándalo.)*

CARACCIOLO. *(Triunfal.)* ¿Acusáis al Estado de tiranía?

P. MARTÍN. *(En el silencio.)* Y a la Iglesia de proteger y aun sacralizar esta esclavitud institucionalizada en la que los pueblos agonizan.

JACOBO. *(En la diana.)* Pero ¿qué pretendéis exactamente?

P. MARTÍN. El nacimiento de un mundo libre. Ignoro si de aquí

saldré para la hoguera pero, si es así, las llamas no quemarán mi espíritu. ¡Muera el terror! ¡Viva la libertad! (*Escándalo.*)

CARLOS. (*En su mundo.*) ¿Qué es superior, un concilio o el Papa?

P. MARTÍN. ¡Un concilio! (*Escándalo.*)

CARACCIOLO. (*Rápido, al quite.*) Pensad que el Papa os quiere hacer condenar tan sólo por motivos religiosos.

MARTÍN. (*Tensión.*) No. Roma quiere aplastar mis doctrinas, porque de ellas está resultando la independencia de los príncipes alemanes respecto a la tiranía del papado. Por lo que niego autoridad a este tribunal para juzgarme (*Escándalo.*) pues no mueven a mis jueces motivos religiosos sino políticos. (*Escándalo.*)

FEDERICO. (*Triunfante.*) ¿Os remitís a un Concilio, sí o no?

P. MARTÍN. ¡Sí! (*Escándalo, grita.*) Pero un concilio verdaderamente representativo, no amañado. Todos somos Iglesia. ¡La opinión de todos debe, por tanto, ser escuchada!

ALEANDRO. (*Desconcertado.*) ¿La doctrina... por elección popular?

P. MARTÍN. Sí, como en los comienzos de la Iglesia. Y no sólo la doctrina sino también los cargos: diáconos, sacerdotes, obispos y aun el Papa.

ALEANDRO. ¿Acaso el Papa no es elegido por votación?

P. MARTÍN. Sí, pero elegido por y entre los elegidos a dedo previamente. Un concilio en que participe toda la cristiandad, incluidos representantes laicos y de toda condición, campesinos, siervos...

(*Entra MIGUEL con capa riquísima, espadín y collares. Atributos todos de su alta condición y riqueza de su casa; JACOBO se pone en pie. Está sorprendido. ALEANDRO también. MIGUEL se inclina, mira a su padre y... se sienta enfrente, junto a ALEANDRO.*)

CARACCIOLO. Lanzasteis un grito de rebeldía; ¿resultado?: tensiones, luchas, guerras: acogiendo a vuestra palabra, la paz ha sido turbada en las conciencias de toda la cristiandad.

P. MARTÍN. Os juro que ninguna conciencia está tan desconcertada como la mía al ver cómo cada grupo hace bandera de mis palabras. El mundo estaba estremecido por mil pasiones esperando una señal para gritar públicamente sus más secretos y fervientes deseos. Ese es el secreto de mi escándalo. No yo, sino el anhelo del mundo entero.

P. LUCAS. ¿De qué?

P. MARTÍN. De libertad.

P. GENERAL. Esta asamblea te hace responsable de los terribles desórdenes que están conmocionando al mundo.

P. MARTÍN. Respondo de mi doctrina, no de los motines cuya causa verdadera son los errores de Roma, no los míos.

CARACCIOLO. ¿Negáis haber fomentado la rebelión?

P. MARTÍN. ¿Qué iba yo a ganar con ello?

ALEANDRO. (*Levantándose.*) ¡Poder!...

P. MARTÍN. Jamás ambicioné el poder político.

ALEANDRO. Otros lo... (*Reticente.*) ambicionan por vos. Me refiero a (*Mira a FEDERICO.*) alguien que soñó el emperador; ¿Cuál era vuestra parte en el convenio?: ¿La tiara de una nueva religión?

P. MARTÍN. ¿Cuál ha sido la vuestra en el reparto del dinero de las indulgencias?

CARACCIOLO. ¿Hasta cuándo vamos a soportar vuestros insultos? Esto es un juicio a un hereje, no lo olvidéis.

P. MARTÍN. (*Con un grito.*) ¡No! Esto es un juicio contra un país: Alemania.

JACOBO. Insisto en que esto es y debe ser un proceso religioso. Es falaz vuestra obstinada determinación de derivarlo hacia la política.

P. MARTÍN. Nunca fue mi intención hacer política, pues no había advertido la ligazón que entre ésta y la religión existe. Habéis sido vosotros los que me habéis empujado a estudiar sus concomitancias, sus interrelaciones: ¡Juro ante Dios que no he espantado de las conclusiones a las que me han empujado mis hallazgos!

JACOBO. Estáis a tiempo de retractaros.

P. MARTÍN. ¡Dejadme continuar!

JACOBO. ¿Sabéis el castigo, si os obstináis en el error?

P. MARTÍN. Estábamos hablando de...

JACOBO. (*Aúlla.*) ¡La hoguera!...

P. MARTÍN. ¡No, del poder, de sus raíces, de...!

ALEANDRO. (*Sincero.*) Os estamos ofreciendo la vida a cambio tan sólo de una palabra.

P. MARTÍN. (*Vencido.*) ¿Qué vida sería la mía, si abjuro de mis convicciones? La hoguera, con ser terrible, ¿cuánto puede durar? Pero si por miedo me retracto, la otra hoguera en que mi alma se quemaría día y noche durante años ¿qué podría comparársela en horror? ¡Ni aún el infierno!...

ALEANDRO. (*Barriendo con la mano los libros de la mesa que caen al suelo con estrépito.*) ¡Pongo al cielo por testigo de que he hecho todo lo posible por salvarle...!

P. MARTÍN. La Iglesia estorba a los nobles en sus deseos de ampliar sus dominios, si lo hacen serían excomulgados y el pueblo estaría obligado a rebelarse contra ellos, como enemigos públicos. Por eso se alían con la Iglesia, mientras preparan su aniquilación en secreto. Los grandes banqueros y los burgueses adinerados, a quienes la Iglesia acusa por su frenético acaparamiento de rique-

zas, también la odian, pero, se alían con ella pues es poderosa. Y si alguna vez atacan la opresión política de la Iglesia porque impida su libertad de movimiento, jamás atacarán la base de los principios que sustentan el poder de esa Iglesia, pues en esos principios está basada toda su filosofía económica. A los artesanos tampoco les gusta la Iglesia, pero la marcha de intereses entre ellos, los banqueros y los príncipes es tan tupida que no es posible vivir fuera. Los campesinos no saben teología, pero sí donde están sus enemigos; por eso lo mismo incendian castillos, tiendas o iglesias. Pero a la larga nada logran por la terrible solidez de la malla de leyes entretejida contra ellos. Poco valen las batallas ganadas con espadas si se siguen perdiendo en los códigos. Más: incluso entre sus naturales enemigos con lenta selección y sabia oportunidad elige la Iglesia los mejores y los va metiendo en sus filas. Un campesino fuerte, valeroso e inteligente puede, de soldado enrolado a la fuerza, llegar a capitán, con tal de que utilice al servicio del príncipe y contra sus propios hermanos su fuerza, su valor y su inteligencia. Otro puede llegar desde lego hasta el capelo. Es sólo cuestión de servir bien a quien otorga honores y prebendas.

TETZEL. ¡Basta! Como teólogo debéis saber...

P. MARTÍN. No lo soy, ya no quiero serlo. Sólo un cristiano ávido de Dios. Hierven en mí deseos e impulsos sobrehumanos, junto a desolaciones sin límite. Yo...

TETZEL. (*Abriendo un libro.*) Volvamos a la teología, que es lo que importa. Habéis escrito... (*Y va a leer.*)

ALEANDRO. (*En pie: Definitivo.*) Está claro: no quiere una discusión puramente teológica. El núcleo de su argumentación es: Los poderosos hemos organizado el mundo basándonos en la interpretación exclusiva de los textos sagrados. En vuestra opinión mal, por egoísmo, y contra el pueblo.

P. MARTÍN. Sí.

ALEANDRO. Según vos con la libre interpretación de los textos se derrumbará nuestro orden injusto, impuesto...

P. MARTÍN. Por las armas.

ALEANDRO. Bien; pero ¿qué puede saber el pueblo de las grandes cuestiones de religión y política?

P. MARTÍN. Enseñadle.

ALEANDRO. ¿Y entretanto... ?

P. MARTÍN. Gobernadle con justicia.

ALEANDRO. ¿Cómo a todo un pueblo si cada hombre y cada mujer tiene un propio código de justicia?

P. MARTÍN. Están solos y desunidos. ¡Esperan!

ALEANDRO. ¿Qué?

P. MARTÍN. Tienen fe.

ALEANDRO. Son ignorantes.

P. MARTÍN. ¡Aún! Pero cada día saben más. Cobran conciencia de su fuerza. ¿Quién podrá nada contra ellos el día que todos los humildes avancen hacia los castillos y las catedrales y exijan cuentas de miles de años de ignorancia y opresión?

CARACCIOLO. ¿Pretendéis atemorizar a esta asamblea?

P. MARTÍN. Expongo la verdad de lo que está ocurriendo. Salid a la calle y lo comprobaréis.

CARACCIOLO. No permitiremos se utilicen desórdenes pasajeros para desviar el curso -más, el sentido- de este proceso.

P. MARTÍN. Vos sois quienes los utilizáis contra mí, pretendiendo que yo los he creado.

CARACCIOLO. ¿Cuál ha sido el precio de vuestro pacto con los rebeldes? Aclarará muchas cosas.

P. MARTÍN. ¿Y el de vuestro capelo? Aclararía muchas más.
(*Escándalo.*)

ALEANDRO. (*Grita.*) ¡Silencio! (*Todos callan.*) Los hombres y los pueblos tienden a desviarse del camino de la verdad, a pesar de la vigilancia: por... rutina, superstición, relajamiento. ¿Cierto?

P. MARTÍN. Cierto.

ALEANDRO. ¿Aceptáis la necesidad de una jerarquía?

P. MARTÍN. (*Pausa.*) Sí. (*MIGUEL se pone en pie.*)

ALEANDRO. Alguien debe velar por mantener los principios.

P. MARTÍN. ¿Cuáles...?

ALEANDRO. No importa eso ahora.

P. MARTÍN. ¡Sí, importa!

ALEANDRO. (*Concede.*) Bien: los vuestros. Vuestros principios.

P. MARTÍN. Sí.

ALEANDRO. Pero éstos -como todos- deben encarnarse en hombres.

P. MARTÍN. Sí.

ALEANDRO. Y éstos... organizarse: legislar, coordinar; o... ¿es el caos vuestra meta?

P. MARTÍN. No.

ALEANDRO. Luego admitís la necesidad de un orden.

P. MARTÍN. Nuevo.

ALEANDRO. Nuevo. Pero... orden.

P. MARTÍN. Sí.

ALEANDRO. ¿Seguro?

P. MARTÍN. Sí.

ALEANDRO. Puede haberlo en un mundo en el que cada hombre se considere únicamente responsable ante Dios. (*Pausa tensa; se acerca más, sincero.*) Os creo... sincero.

P. MARTÍN. Lo soy.

ALEANDRO. ¿Me creéis sincero a mí?

P. MARTÍN. Sí.

ALEANDRO. ¿Tenéis miedo?

P. MARTÍN. Sí.

ALEANDRO. Yo también. (*Mirada del P. MARTÍN: sorprendido.*) Intentemos un equilibrio. Estudiemos. Es posible que llegemos, no sé cuando, a vuestras mismas conclusiones. Pero, entretanto, ¿qué?: no es posible petrificar el vuelo de los pájaros hasta que encontremos la solución. El tiempo no se detiene, la vida continúa; toda la cristiandad tiene puestos los ojos en esta sala. ¿Qué debemos decirles?

P. MARTÍN. ¡No lo sé! Yo... yo defiendo un problema de principios, no de actuación práctica.

ALEANDRO. Pero ¡hay que actuar! Ahora. Aquí y mañana. Sin reposo. No podemos alzar el brazo y detener el sol. Habéis venido aquí como un animal acosado y, como tal, os habéis defendido atacando. Cierto que vuestras acusaciones son en gran parte verdaderas: que hay intereses en juego, etcétera, pero ¿creéis realmente que ni uno solo de nosotros sacrificaría sus intereses a la verdad? Más: ¿merecería la pena buscarla si tantas inteligencias reunidas encerrarán sólo mezquindad bajo palabras brillantes? Ha costado siglos de guerras que el hombre encuentre si no la paz, ciertas formas de inestable equilibrio. Se cometen injusticias, cierto; hay presiones, de acuerdo. ¿Estáis seguro que en el mundo que nos proponéis no ocurrirá?

P. MARTÍN. ¡No!: el Mal y el Bien existirán hasta la consumación

de los siglos.

ALEANDRO. Estamos aquí representando dos visiones opuestas del mundo. Pero éste es uno en el orden concreto. Ahora bien, puesto que no podemos organizarlo en dos sistemas actuando al mismo tiempo, ¿qué debemos hacer? ¿romper el mundo en dos bloques irreconciliables...?

P. MARTÍN. (*Aterrado.*) ¿El cisma?

ALEANDRO. Dadme si no otra solución.

P. MARTÍN. ¡No! ¡El cisma no!

ALEANDRO. Ofreced vuestra alternativa.

P. MARTÍN. No la tengo.

ALEANDRO. Entonces...¡ abjurad!

P. MARTÍN. Tampoco.

ALEANDRO. ¿Por qué?

P. MARTÍN. Mi conciencia me lo impide.

ALEANDRO. Si persistís en enfrentaros con Roma, abriréis un abismo irreconciliable. Seréis el enemigo. Abjurar es el mejor medio de servir a vuestras ideas pues dejáis la puerta abierta a posibles previsiones futuras. Más: os prometemos seguir estudiando vuestros postulados.

P. MARTÍN. Hagámoslo ahora.

ALEANDRO. Pero ¡claro...!: entre juristas, teólogos, políticos. Pero al pueblo ¿cómo decirle?: «Quizá mañana sea legal lo que hoy os lleva a la hoguera». Debemos trabajar, sí; pero ¡en secreto! Abjurad: haced posible, al menos, una parte del mundo que pretendéis instaurar.

P. MARTÍN. No puedo.

ALEANDRO. La Iglesia seguirá estudiando. Por sí misma incorpo-

rá paulatinamente lo que de justo haya en vuestras doctrinas, paso a paso, con tacto, ajustándose a lo más necesario y conveniente.

P. MARTÍN. No se puede chalanear con la verdad.

ALEANDRO. ¡Malditos los profetas intransigentes!: ¡su orgullo los hace estériles...!

P. MARTÍN. Ojalá pudiera pactar; mi conciencia me lo impide.

ALEANDRO. ¿Otra vez? Dinos de una vez a nosotros y a éstos qué debemos hacer. ¡Hacer! No lo que debemos pensar, sino las actuaciones concretas.

P. MARTÍN. Estudiemos hasta verlo claro.

ALEANDRO. Pero ¿y entre tanto?. El poder puede evolucionar más lento o más rápido. Pero no puede dimitir, parar la vida: la naturaleza abomina del vacío. Es el caos. La destrucción inútil. O acatáis el poder mientras evoluciona o sustituidlo por otro. ¿Lo tenéis?

P. MARTÍN. ¿El poder?

ALEANDRO. ¡Un sistema...!

P. MARTÍN. Las... ideas básicas.

ALEANDRO. Partiendo de otros, el mundo ha tardado tres mil años en organizarse.

P. MARTÍN. Mal.

ALEANDRO. Es posible, pero...

P. MARTÍN. ¡Es seguro!

ALEANDRO. Pues bien, aceptémoslo. Pero estamos aquí los representantes del poder de este mundo mal organizado. Y os pedimos: dadnos la nueva estructura: leyes, reparto de funciones, las ruedas del carro de la vida; ¿dónde están vuestros códigos?

P. MARTÍN. No los tengo.

ALEANDRO. ¿Qué proponéis entonces?

P. MARTÍN. Desmontar un mundo...

ALEANDRO. ... ¡injusto!: de acuerdo. ¿Y bien?; ¿cómo?; ¿por dónde empezamos? Y hasta que logremos instaurar el vuestro ¿qué? ¿tres mil años de caos? Y lo que existe ¿qué?: ¿arrasarlo? ¿Cómo lograr entretanto la convivencia? ¿Qué proponéis, el poder alternativo?

P. MARTÍN. No.

ALEANDRO. ¿La lucha interior permanente?

P. MARTÍN. No.

ALEANDRO. ¿Dos bloques en irreconciliable guerra?

P. MARTÍN. ¡No!

ALEANDRO. ¿Amenazándose eternamente, equilibrándose así?

P. MARTÍN. No, no, no...

ALEANDRO. Entonces ¿qué?

P. MARTÍN. (*Después de una pausa tensa.*) No lo sé. Ojalá supiera. Ojalá pudiera estar seguro siempre de lo que debo hacer y lo que no. Salir para siempre de estos túneles de miedo y de sombras en que mi conciencia se mueve. Más: estos túneles que soy. Y más aún: ojalá me fuera dado el poder de despegarme de todas las fibras de mi cuerpo, de todas mis secretas exigencias, de mis dudas y de mis miedos. Ojalá pudiera saltar desde mí hasta el sol de la verdad, dejar de ser este pobre hombre lleno de titubeos y lograr unir mi pensamiento al de Aquel que rige los destinos del universo, al de Aquel que es el orden y el caos, el principio y el fin. Pero cuanto más desea mi espíritu alzarse a través del estudio y de la mortificación a la altura de la verdad revelada, más me arrastra por los suelos esta pobre naturaleza mía, recordándome en cada

pulsación enfebrecida que soy sólo un hombre, no una idea de verdad y de justicia, que es lo que yo quisiera. Soy sólo un hombre con todo lo que esto conlleva de deseos de poder, de soberbia, de deseos carnales. Yo sé que todo esto está en la naturaleza humana y que no habría por qué avergonzarse de ello. Pero yo quisiera ser más, ser algo grande, un ángel ecuánime y justo; sin embargo, cuanto más quiero volar por sobre las tentaciones hacia la verdad y la justicia, más me pesan y arrastran hacia el lodo estas mis gigantescas alas tejidas de cadenas, de miedos, de dudas y de todo. O sea, que no lo sé, que no lo sé.

MIGUEL. Yo sí. (*Se ha puesto en pie.*) (*Arroja al suelo sus collares, diadema y manto: queda en traje de campesino*) ¡Impostores ... (*Y sale.*)

(*Todos se han puesto en pie. JACOBO corre tras MIGUEL pero se para. Mira al P. MARTÍN.*)

JACOBO. ¿El mundo dividido?: ¡y aun la sangre! ¡He aquí tu obra!

CARACCIOLO. ¿De qué lado estaréis cuando suenen los clarines de la guerra?

P. MARTÍN. Del de Dios.

ALEANDRO. ¿Y cuál es el lado de Dios? ¿Cuál?

P. MARTÍN. ¡No lo sé aún...!

(*Campanas tocan a rebato. Queda sólo un punto de luz roja en el centro de la escena.*)

ESCENA CUARTA

(*El decorado y los actores de la Dieta han desaparecido. Entran dos grupos de hombres y mujeres con estandartes, cantando. Por derecha burgueses; por izquierda campesinos.*)

(Dos cordones de soldados les contienen. Por entre las filas baja por la rampa el Emperador CARLOS. Tras él, criados bajan arquetas y salen mientras el Emperador CARLOS se para en primerísimo término frente al Elector FEDERICO que ha entrado. Se miran fijamente. FEDERICO dobla una rodilla y le besa la mano.)

FEDERICO. Buen viaje, Majestad.

CARLOS. ¿Es cierto que Lutero ha muerto?

FEDERICO. *(Negando, sonríe.)* Está en uno de mis castillos.

CARLOS. ¿Cuánto os han ofrecido por su libertad sus partidarios?

FEDERICO. La mitad de lo que, por su cabeza, sus enemigos.
(Riendo.) ¿En calidad de qué quiere pujar en la subasta Vuestra Majestad?

CARLOS. Los pueblos no admiten que se encarcele a sus profetas.

FEDERICO. Que los maten... ¡sí! Martín Lutero es mi huésped, no mi prisionero.

CARLOS. Nadie le ha visto en seis meses. Ni una carta. Que calle o aülle, sin saberlo, lo hace en vuestro provecho. Cuando os convenga le quitaréis el bozal y... ¿a quién morderá?

FEDERICO. Adivinad.

CARLOS. Ya. Entretanto su voluntario secuestro os hará crecer en el juego político. O aceptamos -Roma, yo, todos- vuestras condiciones o... ¡el estallido! Contra sus partidarios esgrimiréis su muerte. Contra nosotros... su libertad. Mientras... Inglaterra cruje, Francia se inquieta, Roma estalla y Venecia se frota las manos: habéis hecho del mundo un polvorín.

FEDERICO. Lo era ya.

CARLOS. La mecha encendida está... en vuestra mano.

FEDERICO. Haced Roma y vos lo que queráis en el resto del mundo. Mas si rompéis aquí el equilibrio de fuerzas... lanzaré a Lutero

contra todos.

CARLOS. Tendréis bastante con dominar la revuelta de vuestros campesinos.

FEDERICO. (*Irónico.*) Ah, ¿van a rebelarse? (*Rabioso, acusador.*) Aparte de Miguelito Fúcar y otros pequeños ¿quién financia?

CARLOS. La miseria.

FEDERICO. ¡Ya! Bailaremos todos.

CARLOS. Y a fe: si Lutero se pone de su parte puede ser el último baile.

FEDERICO. (*Negando con la cabeza.*) Para salvar su doctrina, más que para salvar su vida, terminará aliándose con nosotros. Todos los hombres cambian. (*Cínico.*) Cambiamos. Por diferentes motivos: dinero, ambición, ideales...

CARLOS. Me temo que este juego, aunque habitual en política, esta vez no de los resultados habituales

FEDERICO. Pero claro: en política, Majestad, como en cocina, las recetas jamás dan el mismo resultado. Lo importante es saberlo. Y estar al tanto, mientras se atiende que... el fuego no se apague.

CARLOS. (*Desconcertado.*) ¿El fuego?

FEDERICO. El del miedo. De los otros, claro. Gran aliado. Nada se puede hacer sin contar con él. Y contando, casi todo.

CARLOS. Lutero ha demostrado no tener miedo a nada ni a nadie.

FEDERICO. (*Afirmando.*) Que su miedo es distinto al habitual: se teme a sí mismo, a su conciencia. Se... encontrará una disculpa razonable. Entretanto, hable o calle, construye, sin saberlo, mis acequias. Es un teólogo, un reformador, un... intelectual: su fuerza reside aquí. (*Y se golpea la cabeza.*) Que busque, encuentre, trace caminos. Nosotros, los políticos puros, sin compromisos doctrinales no tendremos luego más que... utilizarlos: sólo los que

convengan. Y eligiendo el cómo y el cuándo. La equivocación de la Iglesia es que lleva imponiendo un camino único, el suyo, desde casi hace mil seiscientos años. A nosotros nos son útiles todos. Ya veis la ventaja de no tener un camino, una doctrina, nada; podemos utilizar... todo.

CARLOS. A nuestro servicio; del orgullo.

FEDERICO. Del... orden.

CARLOS. (*Mostrando su corona.*) ¿Tanto la deseabais? (*Arrojándole la corona a las manos.*) Sé que ofrecisteis a Lutero a cambio de ella. Llegasteis tarde. «Pues no puedo ser ya el emperador, el único, el primero... -dijisteis-, habrá dos». Impulsasteis a Lutero al cisma: dos iglesias, dos imperios, dos coronas. Al menos, una. Pero... os falló, precisamente, el as que todos creíamos que estaba en vuestro juego: Lutero. No aceptó, ¿eh? Ni a cambio de la tiara de la nueva Iglesia.

FEDERICO. (*Devolviéndole la corona.*) ¿Dos iglesias? ¡No!; una sola... y entera... sobre mis dominios. (*Ríe.*) De la romana, la distancia me salva. No. Una. Lejos. Y un imperio. No dividido... pero casi. Y en mis manos, la espada de Damocles...: Lutero.

CARLOS. No es Martín Lutero, me parece, espada que caiga, o se mueva, cuando y en la dirección que nadie le señale.

FEDERICO. Guardadme el secreto: y tendremos temblando al mundo mientras viva. Y aún después: bastará ocultar su muerte.

CARLOS. Le tenéis a mesa puesta, biblioteca y toda clase de comodidades sin pedir nada. Y él pensará: «Federico me protege. Y... ¡no me obliga a darle a cambio nada! ». Sin saber que os lo está dando todo, tan sólo con callar. La mejor propaganda: estar. La mejor mordaza: el silencio voluntario. Y para él la mejor coartada: «soy libre de pensar». Incluso agradecimiento: «gracias a Federico respiro aún. Y pienso».

FEDERICO. ...¡Cómo! (*Con admiración: intenso.*) ¡Qué madura-

ción! Llegaréis a la altura del cargo...

CARLOS. *(Por la corona.)* Debieron dárosela a vos, ¿eh?; ¿la queréis?

FEDERICO. *(Con despecho.)* ¡Ni regalada...! *(La arroja al suelo y sale.)*

ESCENA QUINTA

(En el centro del escenario vacío, un foco sobre la corona. FEDERICO la toma en sus manos, la alza tembloroso, lentamente, ritualmente en lo alto, sobre su cabeza: y, de pronto, un estruendo estalla, y una llamarada de luz incendia el inmenso ciclorama: «estalla la guerra de los campesinos».)

(Si es posible se proyectará sobre el gran ciclorama la filmación de una batalla. En cualquier caso entra en sonido, el estruendo de la batalla y un gran coro.)

(Delante de la pantalla, tanto si la filmación es posible o no, entran a caballo -cabezas de cartón con largas gualdrapas- THOMAS MUNTZER y MIGUEL FÚCAR y varios campesinos a pie por un lado. Estandartes, escudos, espadas.)

(Por el lado contrario entran FEDERICO, el caballero WARTZ a caballo y varios soldados a pie, escudos, banderas, yelmos, espadas.)

(Luchan todos a cámara lenta durante un tiempo: MUNTZER contra WARTZ. MIGUEL contra FEDERICO. Al fin éste vence a MIGUEL.)

MIGUEL. ¡Aaah...!

(Cesa todo sonido -no el fondo filmado, si lo hay-, en el silencio vuelve a oírse el grito.)

MIGUEL. ¡Aaah...!

MUNTZER. ¡Miguel!

(Y va a acudir; pero WARTZ le desarma y entre los bandidos de WARTZ y los soldados de FEDERICO le apresan.)

MIGUEL. Llegará un día... *(Y muere.)*

MUNTZER. ¡Miguel...!

FEDERICO. El futuro ha muerto.

(MUNTZER se arrodilla ante MIGUEL: reza ante él. Música de nuevo. Los soldados y los bandidos cercan y desarman a los campesinos. Son ahora un grupo compacto rodeado de lanzas. Cantan los campesinos. MUNTZER sigue rezando. Sin miedo a que la escena que comenzó en ballet épico, parezca que va a acabar en ópera. Se trata de eso precisamente: la obra comenzó en oratorio. Ha habido farsa, y terminará en tragedia: entremezclar todos los géneros. Crear un espectáculo, distinto, nuevo: que los contenga a todos.)

MUNTZER. *(Por los campesinos.)* Mi vida a cambio de la suya.

FEDERICO. La de todos.

MUNTZER. *(Protegiéndoles; los brazos en cruz.)* La muerte.

FEDERICO. *(Asintiendo.)* Pero... despacio.

(WARTZ y los soldados colocan el cadáver de MIGUEL sobre un escudo.)

MUNTZER. No le toquéis.

FEDERICO. Es de los nuestros. *(Los soldados alzan el escudo.)*

MUNTZER. Lo fue.

FEDERICO. Y... ¡vuelve a serlo!

(Los soldados van saliendo, lentos, procesionales.)

MUNTZER. ¡Devolvédnosle...!

FEDERICO. Ha muerto de nuestro lado.

MUNTZER. ¡Del nuestro...!

FEDERICO. No es agradable tener que abatir a nuestros propios hijos. Pero ¿encima, admitirlo?

MUNTZER. Hasta los cuerpos. ¡Ladrones!

WARTZ. De rodillas.

FEDERICO. Tendrá la gloria de los héroes: tú... el patíbulo.

MUNTZER. Así se escribe la historia.

FEDERICO. ¡No!: así... ¡se hace!

MUNTZER. ¿Tergiversándola...?

(OSCURO.)

ESCENA SEXTA

(UN RINCÓN EN LOS JARDINES DEL VATICANO.)

(Un banco, un árbol, CLEMENTE VII con sencilla sotana blanca, un libro abierto en la mano, escucha el gorjeo de un pájaro; al fondo derecha: casi en la penumbra, IGNACIO DE LOYOLA.)

CARACCIOLO. (Entra; se arrodilla.) El embajador de Inglaterra se... impaciente.

CLEMENTE VII. ¿Qué clase de pájaro es?

CARACCIOLO. (Comprendiendo mal.) De cuenta.

CLEMENTE VII. (Que parece no le ha oído.) Todas las tardes llega, canta y... se va; pero... ¡nunca he podido verle! (Cesa el gorjeo.) Se fue. (Que sí le oyó.) ¿Qué quiere el otro?

CARACCIOLO. Una respuesta concreta a la demanda de divorcio del Rey de Inglaterra.

CLEMENTE VII. Pero... ¡qué impaciente es ese Enrique! Llevamos estudiando el asunto sólo seis años.

CARACCIOLO. (*Dádoselo.*) El informe de la comisión que ha estudiado el asunto. Terminado. Aconseja que...

CLEMENTE VII. Nombrad otra. Que vuelva a estudiarlo. Desde el principio.

CARACCIOLO. ¿Y los intereses de la Iglesia en Inglaterra? Enrique es poderoso.

CLEMENTE VII. Y listo, encima. De peores hemos salido. (*Se oye de nuevo el pájaro.*) ¿Quiénes esperan?

CARACCIOLO. El embajador de Francia, el de España y Jacobo Fúcar.

CLEMENTE VII. Que pase Jacobo. (*Un gesto imperceptible: IGNACIO se acerca.*) Francisco me ataca pero Carlos me ahoga. Y ¡es su tío!: la mujer de Enrique. Pobre Catalina. Una santa. «Que si fue la mujer de su hermano». Si le hubiera dado un heredero, no... Y, encima, Ana Bolena. Por fortuna Inglaterra está dividida. Es preciso una mano fuerte que actúe con rapidez y crueldad para salvarla. Enrique deberá hacerlo. Si gana, los oprimidos volverán los ojos hacia Roma. Si pierdo, caerá solo y Roma... limpia de las matanzas. Total: despacio...

(*Entra JACOBO; se arrodilla.*)

CLEMENTE VII. Jacobo: siento mucho lo ocurrido. Acabo de enterarme. (*Con intención.*) De todo. ¿Partís?

JACOBO. Ahora mismo: aunque sólo llegaré ya para ver su tumba.

CLEMENTE VII. Extraño mancebo.

JACOBO. Quería pedirlos que exijáis a Federico.

CLEMENTE VII. Ya: Muntzer. Aún vive.

JACOBO. Me refiero a... Martín Lutero.

CLEMENTE VII. El odio de medio mundo y las esperanzas y los sueños del otro medio en ese hombre. Y sigue dudando. Y revolviendo el cielo y la tierra sin... No le creáis culpable de la muerte de vuestro hijo. Lo habría hecho de todos modos. (*Sorpresa de JACOBO.*) Hablé con él. (*Afirma más.*) Sí: vino a verme. Muy inteligente. (*A CARACCIOLO.*) Vos le tratasteis más.

JACOBO. Por la construcción del lazareto.

CLEMENTE VII. Y un hospital. Decídselo.

CARACCIOLO. Dudó antes de... No fue una decisión repentina. Ni tuvo su origen en las clases de teología de Wittenberg. No. Fue el encuentro de dos seres humanos que pensaban igual. Miguel más... avanzado. O mejor, más... consecuente.

CLEMENTE VII. ¡Lutero! ¡Qué mezcla de repulsión y de hechizo irresistible sabe crear a su alrededor. El mal no está aquí o allá. Ni hay hombres buenos, ni malos. Complejos. Ángeles y ratas al mismo tiempo. Toda la grandeza y los abismos. ¡Qué desgarramiento el suyo: saber que es causa de una terrible guerra! Que no ha querido, ni podido impedir. Saber -porque lo sabe, oh, sí- que, aunque terrible, es necesaria. Como todas. (*Con gran dignidad y terrible pesadumbre.*) Mantiene el equilibrio por el temor. Sí, sólo hay paz, mientras el recuerdo del horror es más fuerte que el hambre. Condené a Lutero pero no he excomulgado a Muntzer ni declarado la cruzada contra el alzamiento de los campesinos. Los poderosos de toda la cristiandad son un bosque de labios murmurando: «¿Qué espera?». Quizá esté equivocado. En lo más profundo de mí me siento inclinado a la clemencia; no sé si... por cansancio. Y decir: «basta» a tanta injusticia, a tanta... ¿Desenredar la maraña...? La vida de un hombre es corta. Sus equivocaciones y la maldad de sus actos cesan con su muerte. Pero romper una tradición, para salvar a un solo hombre, Muntzer, o todo un país, sería arrojar en el desconcierto a todos los demás. Y está la unidad de la doctrina. Si de ella dimana su poder, también teje un cerco

en torno a los tiranos pues sus poderes dimanan más de otro. En lo alto de la pirámide... yo, que aun siendo centro y fuente de todos los poderes, no tengo el de variar la doctrina o caería en herejía con lo que dejaría de ser lo que soy. No. No daré a ese asesinato masivo el nombre de cruzada, no. Pero tenderles la mano, ver si... No es posible. Adiós. (*JACOBO va a salir.*) Y cuando acabéis en Wittenberg partid a Inglaterra.

JACOBO. ¿Liquidación?

CLEMENTE VII. Todo.

JACOBO. Ya. (*Saliendo.*) No habrá divorcio. (*Y sale.*)

CLEMENTE VII. Al ser investido pontífice pensé que vería, en adelante, las cosas con luz nueva. (*Niega; angustiado.*) Nada ha ocurrido: las mismas sombras...

CARACCIOLO. Los embajadores.

CLEMENTE VII. Y la avalancha de los problemas diarios. El mundo mira hacia mí como a alguien tan cerca de Dios que todo son consultas, peticiones, súplicas, amenazas, órdenes. Que venga Aleandro.

CARACCIOLO. Pero los embajadores, Santidad...

CLEMENTE VII. Que venga.

CARACCIOLO. Sigue enfermo. (*Una mirada. CARACCIOLO sale.*)

CLEMENTE VII. Mi vida de todos los días. (*Sin voz casi, como si pensara en voz alta.*) ¡Qué soledad! (*Se mira la mano que tiembla.*) ¿A quién pedir consejo en ese último momento cuando, ya reunidas todas las pruebas, hechas todas las consultas aún queda un resquicio para lo opinable? Nadie puede dármelo. Soy el mejor informado de los hombres. El más...; pero, en el momento de las grandes decisiones, ¡qué vacío! El único hombre del mundo sin derecho a equivocarse. Ese Martín Lutero puede decir: «Dudo». Si yo pudiera decir que... dudo todos los días. Que... decisiones

distintas y todas graves dividen cada día mi conciencia. Que estoy solo en un bosque que no se incendia por mí, que descansa en mí, que toma su seguridad de la mía, y yo soy... llama. (*Sin mirar a IGNACIO.*) ¿Se retractaría si yo...? (*Mirándole.*) ¡Cuánto daríais por poder responder que sí! No lo hará nunca. Lo admiráis por... eso: Ni aún la más grande tentación le aparta de su camino, la tentación del perdón. Yo... también le admiro.

(*Entran ALEANDRO y CARACCIOLO.*)

CLEMENTE VII. Lutero, Muntzer, Carlos, Federico, Jacobo Fúcar, Miguel, Caracciolo, Aleandro, Enrique. (*Mirando al infinito.*) Cuando se contempla el mundo desde esta altura ¡que tentación la del escepticismo...!

ALEANDRO. ¡Santidad!

CLEMENTE VII. Aleandro (*Señala a IGNACIO.*) escuchad con atención sus proyectos. (*Saliendo.*) Y dadme vuestra opinión. (*A CARACCIOLO.*) Vayamos con los embajadores. (*Y sale.*)

ALEANDRO. ¿Vuestro nombre?

IGNACIO. (*Inclinándose.*) Ignacio de Loyola, Eminencia.

(*Se oye el gorjeo de un pájaro. Y de pronto un grito terrible, inhumano. Oscuro.*)

ESCENA SÉPTIMA

(*Luz rapidísimamente. MUNTZER grita. Y grita en el tormento. El verdugo cumple su oficio. WARTZ, TETZEL, ALBERTO sentados tras una mesa. FEDERICO, el BURGOMAESTRE y el P. BUCER. Un escribano.*)

BURGOMAESTRE. ¡Confesad...!

MUNTZER. Sólo hablaré con Martín Lutero. (*Y se desvanece.*)

FEDERICO. (*Hace un gesto.*) Que baje. (*Sale TETZEL.*) Aprieta...

MUNTZER. (*Volviendo en sí.*) ¡Aaaah...!

FEDERICO. Sigue; y luego dispónle.

MUNTZER. ¡Aaah...! (*Salen todos, menos el P. BUCER.*) ¡Aaah...!
(*Entran el P. MARTÍN y TETZEL.*) ¡Aaah...!

P. MARTÍN. Pero ¿por qué?

TETZEL. Procedimiento de rutina.

P. MARTÍN. ¿Aún...?

TETZEL. Es preciso conocer los nombres de sus cómplices.

P. MARTÍN. Han muerto. Pero claro, con estas manos (*Y alza las del verdugo.*) es mejor que suban al cadalso hombres que se sientan culpables, si no de lo que han hecho -que es más difícil- de haber traicionado a sus amigos.

P. BUCER. Mueren... besando las manos de sus verdugos, que les liberan de una desesperación insoportable.

P. MARTÍN. ¡Calla!

P. BUCER. Así el pueblo no contempla el holocausto de un mártir, sino la ejecución de un reo.

P. MARTÍN. ¡Basta!

(*MUNTZER grita y se desvanece; el verdugo le reanima dándole vino.*)

P. MARTÍN. Vámonos de aquí.

P. BUCER. No.

P. MARTÍN. Soltadle.

P. BUCER. Vivís en una torre de piedra, rodeada de libros y sueños.
(*El verdugo suelta a MUNTZER; éste cae al suelo.*)

BUCER. Yo he despertado ya. Mi celda está al otro lado de ese muro de piedra: ni mil como él impedirían oír los gritos de los campesinos al ser torturados durante días y noches interminables...!

(El verdugo comienza a vestir a MUNTZER los ropones de ignominia: desde aquí y ya hasta el final de la obra la puesta en escena debe ser... la alucinación total. Ni un gesto o tono enfático. Sencillez. Alegría. Como una «Bacanal de la Muerte». Porque la situación no es trágica «al modo heroico» sino «esperpéntico» es decir: el horror en una carcajada.)

MUNTZER. Agua... *(El verdugo le da vino.)*

P. MARTÍN. Pero... esto es vino.

P. BUCER. Encerrado en el centro de este tambor sobre el que redoblan los aullidos de las víctimas y no los oís. Miradle.

P. MARTÍN. *(Apartando al verdugo.)* ¿Queréis emborracharle?

P. BUCER. *(Ayudando.)* Sí, sí, sí: yo se lo he ordenado. *(MUNTZER vuelve tontamente en sí.)* Thomas...

P. MARTÍN. La vida entera de un hombre no es suficiente para conocer su destino. Busquemos todos la luz. Cada uno dentro de sí mismo. Su luz.

P. BUCER. ¿Y él? ¿En nombre de qué luz, de qué verdad va a ser ejecutado? Miles lo han sido ya. Y les seguirán aún más.

MUNTZER. *(Aturdido.)* ¿Ha amanecido ya? *(Se oyen canciones litúrgicas fuera.)* ¡Ah!; ¿es... Navidad? *(Ve al verdugo.)* Carnaval. *(Ve a BUCER.)* Ya... *(Recuerda.)* es... mi entierro. Por eso cantan. ¿Martín? ¿Por qué no ha venido? ¿Me teme?

P. MARTÍN. Estoy aquí.

MUNTZER. Acércate más. No te veo. *(El P. MARTÍN se acerca; MUNTZER se desploma, le dan más vino, vuelve en sí.)* ¿Cuántas vidas llevo así?

P. MARTÍN. Veintisiete días.

MUNTZER. (*Con ansiedad.*) ¿Van a matarme?

P. MARTÍN. Sí.

MUNTZER. Gracias. Y tú ¿qué tal?

P. MARTÍN. Estudio, trabajo: preparo el futuro.

MUNTZER. (*Ríe.*) ¿El de quién: ¿queda alguien? (*Ríe más.*)

P. MARTÍN. ¿Qué querías de mí?

MUNTZER. (*Al verdugo, con ternura.*) ¿Por qué la caperuza? No te de vergüenza... (*Se la quita.*) Macario. (*Efectivamente es MACARIO.*) ¿Cuánto hace... que elegiste la... seguridad? A veces sin embargo a que te acuerdas de tus padres y de tus hermanos.

MACARIO. Sí.

MUNTZER. ¿Y... Raquel?

MACARIO. Trabaja en las cocinas.

MUNTZER. ¿Habéis tenido más hijos?

MACARIO. El segundo para mayo.

MUNTZER. No temas que lleguen a avergonzarse de ti. Lo ignorarán todo. Cuando se hagan hombres todo esto será niebla. Las únicas fechas, los únicos hechos que se recuerdan no los elijen ellos. (*Empieza a sentir el efecto del vino.*) Mírale, Martín: es un amigo de la infancia, como un hermano. Fue campesino; hijo de campesinos. Como tú y yo. Hoy sirve en el castillo. De todo un poco ¿verdad Macario?: llevar agua, cortar leña, cabezas, manejar el potro. (*Atónito.*) Miles. ¿Cómo un puñado puede dominar a tantos? (*Canta.*)

P. MARTÍN. ¿Qué querías de mí?

MUNTZER. No me...; ah, sí: preguntarte (con terrible sencillez) qué tal andas hoy de... duda. (*Ríe.*) Y... ¿de doctrina?; ¿mejor? Me

alegro. A mí (*Canta.*) la libertad de espíritu me ha hecho pasar una noche fatal... (*Y ríe.*)

P. MARTÍN. ¿Por qué, Thomas, te aferraste a lo que te convenía e hiciste de mis silencios argumentos para lanzar el pueblo a la batalla? (*MUNTZER canta.*) Ahora quieres volver sobre mis dudas, aprovecharlas.

MUNTZER. No. Matarme, malo. La hoguera, peor. Pero ¡encima un discursito! ¡Martín, ten piedad!

P. MARTÍN. (*De rodillas.*) Los príncipes y la Iglesia también quieren hacerlo. (*MUNTZER canta.*) Pero yo dije entonces lo que creí justo, y callé cuando el camino de la verdad se me mostraba incierto.

MUNTZER. (*Riendo.*) Palabras... palabras... siempre palabras... sólo palabras. Hablar, con lo que está ocurriendo. (*Canta.*) Asambleas, universidades, discusiones teóricas todavía. ¡Me das...

P. MARTÍN. ¿Compasión?

MUNTZER. (*Serio.*) Asco... (*Se arrodilla.*) Incluso a Dios: él te arrojará de su boca.

P. MARTÍN. Que nos juzgue la historia.

MUNTZER. (*Borracho.*) Más palabras. (*Ríe.*) Historia. ¡Vida! Yo no quiero pasar a la historia. Quiero vivir. Ellos también. Tú... no. (*Canta.*)

P. MARTÍN. Debo proclamar lo que es verdad.

MUNTZER. (*Cantando.*) Debo proclamar...

P. MARTÍN. ...Ya sea dicho por un católico o por un hereje.

MUNTZER. (*Cantando.*) ¡Católico o hereje...!

P. MARTÍN. ¡Thomas. . . aún puedes impedirlo...!

MUNTZER. (*Cantando.*) Impedirlo...

P. MARTÍN. ¡Retrocede...!

MUNTZER. (*Cantando.*) Re... tro... ce... de... (*Y avanza y se tambalea y cae.*) Soy un... (*Canta.*) niño... ciego...

(*Trompetas; entran -vestidos de gran ceremonia- el Elector, TETZEL, JACOBO, ALBERTO, el BURGOMAESTRE, artesanos.*)

MUNTZER. (*Canta.*) «Vendrá la muerte... y me llamará hijo...».

FEDERICO. Todo dispuesto.

MACARIO. Todo, señor.

MUNTZER. (*Ríe.*) Estoy deseando morir. ¡Qué egoísta...! (*Y canta.*)
(*FEDERICO hace un gesto; se oye un redoble de tambores; FEDERICO hace un gesto: detrás de las rejas del fondo aparece el pueblo.*)

TETZEL. (*Con voz solemne.*) Thomas Muntzer, nacido en Sajonia, declarado hereje y convicto de bandidaje, no habiendo querido retractarse de sus heréticas doctrinas será quemado vivo en la plaza pública, para ejemplo de la cristiandad. Wittenberg, año de gracia de... (*Vuelve a oírse el redoble de tambores.*)

MUNTZER. (*Aferrándole.*) Adiós, Martín...

P. MARTÍN. (*Histérico.*) No, no, no... (*Le aferra.*)

MUNTZER. Por favor: que al que van a quemar es a mí. No me robes mi escena de muerte. ¡Qué actor habrías sido! ¿Lo... eres? (*Ríe.*)
Vamos... (*Le llevan hasta la pira, mientras...*)

ALBERTO. (*A MACARIO.*) Ahogadle antes.

JACOBO. La pena es de fuego, Eminencia.

FEDERICO. Es la costumbre...

JACOBO. ¡Mirad al pueblo! Desde los lugares más remotos han venido por millares a ver morir al hereje. Los gritos de dolor deben formar parte del espectáculo. No podemos defraudarles por ceder a la tentación de la piedad.

MACARIO. (A FEDERICO.) ¿Señor...?

FEDERICO. ¡Que los gritos del hereje y rebelde Thomas Muntzer les sirvan de advertencia y aumenten su fe!

JACOBO. ¡Así sea...!

MUNTZER. (Volviendo hasta el P. MARTÍN.) Yo quería decirte algo y no me acuerdo de... (Le arrastran de nuevo hacia la pira, mientras.) el secreto, la clave de tu vida en una palabra...

(El verdugo va a arrojar la tea; el caballero WARTZ le retiene.)

WARTZ. ¡Retractaos y salvaréis la vida...!

MUNTZER. ¡Ya me acuerdo, Martín...!

ALBERTO. Basta: si no a la de los hombres, temed a la terrible justicia de Dios.

MUNTZER. ¿Me oyes, Martín Lutero?

TETZEL. ¡Aprovechad la última oportunidad que el Cielo os ofrece!

PUEBLO. (A coro.) ¡Retractaos!

MUNTZER. ¡Impostor...!

JACOBO. (Avanzando hacia la pira.) No por odio hacia vos: por amor a la verdad, el orden y la justicia os hacemos morir.

(Y arroja la tea a la leña. La escena se ilumina de un rojo vivísimo. El pueblo canta. Grita también MUNTZER. El pueblo calla.)

P. MARTÍN. (De rodillas, en el proscenio.) ¡Thomas...!

(TETZEL acerca una larga cruz a los labios de MUNTZER. Se hace un gran silencio. El pueblo sube a los barrotes para ver mejor; grita MUNTZER. Grita el pueblo. Grita MUNTZER. El pueblo calla.)

P. MARTÍN. ¿Me comprendéis ahora, Thomas Muntzer... ? (Oscuro.) ¿Me comprendéis ahora...?

(Un proyector sobre el centro del proscenio, el P. MARTÍN avanza hasta quedar bajo un haz de luz.)

P. MARTÍN. (Dejando caer la sotana a sus pies.) Aquí desaparece un monje que se llamó Martín Lutero y surge Martín Lutero, un hombre como vosotros.

(Distanciando.) No fui un impostor. Peor, fui un cobarde. Por eso mi martirio -ahora lo sé- no es de fuego. Es peor. Es el vuestro. Vivir sin libertad. *(Alza los brazos al cielo.)* ¿Hasta cuándo? *(Y queda inmóvil.)*

(OSCURO Y FIN DE LA OBRA)